

155 005  
41/98

UN DIABLO ANTICUADO  
O  
A SI PASO EL DIABLO

Fué un error, un grave error de Satanás, y así se dijo mucho en el infierno, el designar a Mefistófeles como su representante en San José de las Pataguas.

Era un diablo anticuado.

Todo en él, desde el rostro faunesco, semi oculto entre la capa y el birrete, hasta los puntiagudos borceguíes, olía, si no a azufre, a naftalina, romanticismo y Edad Media.

Estaba fuera de época; nadie podía discutirlo; pero ¿era ello una razón para "agraciarlo" con tal cargo en una mísera aldea de provincia?

No; ni la larga cesantía del destinatario, ni sus ideas anacrónicas, ni su fracaso en la bullada tentación del Doctor Fausto justificaban tan mezquino nombramiento.

Su prestigio en el mundo, y que no en el Averno, le daban título sobrado para esperar mejor empleo.

El orgullo selló, no obstante, los labios del viejo demonio y hasta le dió fuerzas para sonreír ante la vejación de que era objeto. ¡San José de las Pataguas! ¡Lindo puesto para él! ¡Ya vería Satanás quien era Mefistófeles!

Sin despedirse de Asmodeo y Belcebú que le miraban con hipócrita conmiseración, cogió su disfraz de vampiro infernal, bajó a la tierra, avistó la humilde villa, dormida en un contrafuerte de los Andes a la luz de la luna, y durante largas horas sus alas membranosas giraron en torno al viejo campanario.

La brisa cordillerana enfrió su rabia.

Después de tantos siglos de reclusión en el infierno, le resultaba grata la visión de aquel poblado cuyas casitas blanquecinas se apretujaban como ovejas junto al río.

Negros bosquecillos de boldos, moyes y canelos manchaban las colinas escarchadas de luna, entre las cuales se escurría, con agilidad de pez la corriente.

Mil escamas de plata relucían en su torso verdinegro de delfín, en tanto al fondo la cordillera de los Andes, surgiendo de la niebla blanquecina que subía como un aliento de los campos, colgaba entre suelo y tierra su cortinaje azul turquí.

¡Qué bajo, que chato se veía el pueblo ante la majestad de la montaña!

Sólo una torre y algunos cipreses, los del Convento de las Trinitarias, sobresalían de las recias construcciones de adobe y tejas; tierra, como las calles polvorosas, como las colinas.....tierra que apenas se alza de la tierra.

¡Oh, bien distinto por cierto, ese vällorrio de las históricas ciudades cintas en muros almenados, turgentes de catedrales y castillos - piedra hecha arte, oración o grito de guerra - que vieron sus andanzas medioevales...../

Colonia, Estrasburgo, Nurenberg, - ¡qué tiempos aquellos! - y ahora.....San José de las Pataguas.

Con ojos nostálgicos, miraba Mefistófeles su enorme sombra de murciélago, deslizarse a ras del suelo en las calles y plazas, agazaparse en las encrucijadas; trepar por los blancos muros; posarse breves instantes sobre las musgosas tejas y desaparecer en la penumbra de los patios para luego resurgir y tornarse azul intenso al vadear la plateada corriente del río; pero nadie paraba mientes en su sombra.

¿Y en él? ¡Ah! Para esos hombres sin ideales, encharcados en el materialismo de sus preocupaciones cotidianas, él era menos que una sombra.

Sólo los inocentes le veían.

En el patio de una vivienda de arrabal, iluminado por un chonchón de parafina, un chico había corrido a cobijarse en las faldas de su madre, una mujerona gorda y morena como una tinaja, atareada en apagar los rescoldos de la hornilla;

La manecita infantil y rolliza señalaba el cielo.

- ¡Mamita, mamita: el diablo! Allí junto a la torre... ¡Va volando!

La mujer no alzó los ojos del fogón:

- Déjate de tonterías....Será algún aeroplano.

- ¡No! Es el diablo; tiene alas de murciélago.

Levantándose con un suspiro de cansancio, la madre cogió al chico de un brazo :

- Anda a acostarte.

Y madre e hijo desaparecieron tras la puerta del tugurio.

Mefistófeles no pudo contenerse.

Tan pronto como las luces se apagaron bajó al suelo y dejando de mano el disfraz de vampiro, en su auténtica figura - perfil de gárgola, ojos de ascua, capa, birrete y calzas negras, - recorrió las calles del pueblo.

¡Qué falta de arte! ¡Qué pobreza! Apenas cuatro o cinco casas de dos pisos levantaban sus moginetes sobre el resto del poblado; construcciones sin carácter; portones cuadrados cuyo umbral de roble parecía arquearse al peso del tejado; ventanas simétricas; calles tiradas a cordel.....Así rígido, sin fantasía, apegado al terruño, serían qui-

zás sus moradores.

Ni encrucijadas misteriosas, ni blasones, ni almenas prepotentes, ni ojivas como manos en plegaria.....

Le daba grima ver a los noctámbulos - bien pocos, por cierto - pasar a su vera sin mirarle: eran labriegos rezagados que tornaban de la cantina ó del trabajo. Hablaban de cosas prosaicas: el precio de los corderos en la última feria, la superioridad del estribo de "oreja" sobre el de "zapatilla", la yegua rabicana del compadre Moya..... ¡Pálurdos idiotas!

Comenzaba a cansarse, cuando, tarde de la noche, vió Mefistófeles salir de la casa del Juez, a dos sujetos que, acaso por no llevar como los otros la consabida manta de castilla, atrajeron su atención:

El uno, gordo y rubicundo, vestía cazadora de cuero y envolvía el robusto cuello en una chalina de vicuña; el otro, esmirriado, nervioso, con ojillos de rata, bigote y perilla, enfundado en un sobretodo a cuadros verdes tan cursi como exiguo, gesticulaba con vivacidad:

- ¡Patrañas del oscurantismo, señor Contratista...! Yo no creo en los espíritus.

- ¡Vaya...vaya! ¡Y yo que los encuentro tan divertidos D. Dantón!

Venían de una sesión de espiritismo. Mefistófeles, interesado por el tema, les siguió.

Dantón no estaba de acuerdo con la opinión del Contratista. No podía aplicar tal calificativo a mitos que a juicio del racionalismo, carecían de toda realidad objetiva.

-Lo que encuentra Ud. gracioso-expresó con brutalidad-no son los espíritus, la superchería de la mesa, sino el pisecito de la señora Olga... ¡Pobre Magistrado!

-Veo que Ud. es mal pensado a más de esceptico...

-Creo más en los piés que en los espíritus.

Mefistófeles les miró alhelado. Por primera vez oía expresarse en forma tan insustancial y alegre del mundo sobre natural, de sus congéneres inmatrimales, de sí mismo. Para el uno las almas no existían; para el otro eran solo un motivo de entretenimiento... ¡Bonitos juguetes! ¿En que mundo estoy? decía ¿Donde he caído? ¿Estos son hombres? Recordaba sus tiempos medioevales. También se rendía culto a la materia - había adúlteros, ladrones, criminales, herejes y blasfemos- pero nadie desconocía la existencia de lo sobre natural. Unos creían en Dios, otros en él. Eso era todo. Santos y herejes se lanzaban a pié desnudo en los carbunclos encendidos de la prueba del fuego; mártires y brujas, por mantener sus convicciones sucumbían en las mazmorras agarenas o en los braceros del Santo Oficio.

Ortodoxia y herejía, superstición y misticismo, plegarias y blasfemias, se unían en una sola afirmación de fé: La existencia del espí-

ritu. ¡Pero ahora...! Estaba reservado a ese par de petulantes,- pura materia y animalidad abyecta,- la negación de su esencia inmortal. No eran hombres,eran bestias tal cual ellos se juzgaban. Quemarlos sería poco,por obtusos...!No creer en el espíritu! ¡Lástima que no hubiera un Torquemada! ¡La Inquisición hacía falta!...Si;la Inquisición!

El despecho le tornaba reaccionario. Al pensar en semejante aberración,no pudo menos de sonreír.

Los dos hombres iban hablando ahora de una fiesta que preparaban para celebrar la inauguración del puente de Los Moyes,que estaba construyendo el contratista. El gordo había descubierto un mosto de rechupete para acompañar el chancho que le había obsequiado don Nicasio y que a la sazón estaba "de rasgarlo con la uña". Invitarían naturalmente al Magistrado con la señora Olga,al Farmaceutico,al Cura con su hermana y...!Atención amigo Dantón!-decía guiñando un ojo, el Contratista - a la chiquilla más bonita del pueblo....a la sobrina, a Rosarito.

Dantón en cambio prometía "cuadrarse",a pesar de la asistencia del fraile,con una información a ancho de página en "El Librepensador".

- Lo que importa en esta vida es divertirse - afirmaba el contratista.

- He parece:si esperamos la que ofrece para después de muertos el fraile ¡estamos lucidos!

Mefistófeles se adelantó a ellos y,al enfrentarlos,les fijó los ojos;pero iban demasiado absortos en su programa de festejos para reparar en él.

Desilusionado,les abandonó para seguir vagando por el pueblo. Le molestaba no ser "nadie":Para todos pasaba inadvertido.

Tan sólo los perros se espeluznaban a su paso y prorrumpían en aullidos lastimeros.

Otra cos a bien distinta había esperado de su regreso al mundo.

La indiferencia,más fría y oscura que la noche misma,continuaba envolviéndole;pero,he aquí que al pasar frente al farol de la hornacina de San Antonio Abad,junto a la esquina del templo parroquial escuchó un grito:

- ¡El maldito!¡San Antonio me ampare!

Era otro inocente - "el Tonto Gil" - que había visto su silueta caprina recortarse en el muro y huía como una araña sorprendida por la luz,apegándose con manos temblorosas a los viejos adobes.

Mefistófeles,sorprendido se detuvo:Aquel alarido le sonaba a escándalo en el silencio del villorrio.

Por algunos momentos permaneció mudo,se abrió en la oscuridad

desierta.

Una ligera brisa,arrastraba las ojas otoñales que se alzaban en pequeños torbellinos a lo largo de la calle.

La campanita de las Trinitarias comenzaba a tocar maitines.

Entonces abriendo la capa al viento que soplaba de la cordillera,el viejo demonio,se empinó en la punta de los pies agitó como dos alas las amplias haldas negras y se levantó de la tierra.

Aún vibraban las notas temblorosas cuando pasó planeando sobre el monasterio.

Súbitamente el toque se detuvo.

Mefistófeles oyó un leve gemido y vió a la novicia con su toca blanca y sus azules hábitos rodar como un ramo de lirios al pié de la espadaña.

El vampiro infernal cambió de rumbo y fué a ocultarse en el derruido campanario de la Iglesia.

Allí,bajo las negras campanas,entre vigas y telarañas,agazapado junto al ventanuco,los codos en las rodillas,las manos en el mentón,en actitud de gárgola,consideró su situación:

Nada había conseguido aquella noche;nada: Ni siquiera impresionar a un pedacón.~~Sólo~~almas inocentes le habían visto:Una monja,un niño,un tonto.....

Mefistófeles quedó bien descontento de su estreno.

GELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

II

¡El diablo había andado aquella noche en San José de la Pataguas!

En boca de "el tonto Gil" la extraña noticia, corría o, mejor dicho, trotaba de un extremo a otro del villorrio, provocando los más variados comentarios.

Con el primer rayo de sol, dorado sol de otoño, la nueva llegó al Mercado. Entre el asinamiento de zapallos y coles, los montones de naranjas, las cestas de pescado, los burros con árguñas repletas de zanahorias y las carretas a medio descargar, huasos y comadres formaban corrillos.

Mantas multicolores y pañolones de rebozo rodearon al inocente que más con gestos que palabras refería su espeluznante aventura.

Se persignaban las mujeres y bromeaban los hombres:

- ¡Güen dar con el tonto bien copuchento!

- Se habrá quedado traspuesto....

- Animas benditas, si, se han visto - afirmaba una vieja.- Pero ¿onde se ha oído decir que el Patas Verdes ande cerca de una iglesia?

- Lo habría confundido con el sacristán.....

Hombres y mujeres reían a coro.

- Güeno, güeno... ¡Córtenia! - decía el tonto acorralado. - Pásenme el tarro y la canasta, más mejor, que voy a llegar tarde onde misia Milagros.....

Minutos después, - el bello caído, los ojos como huevos duros en el rostro terroso, - estaba el sonzo gesticulando ante un ngevo auditorio junto al portón de roble de la solterana.

- ¡Ojalá tu boca dijera verdad! - Suspiró doña Milagros - Harta falta hace que venga el diablo por aquí. ¡Hay mucho paño que cortar!

Y fijaba sus ojillos malévolos en la joven sirvienta, toda ruborosa, y en el sobrina adolescente, desgarrado, pálido, de mirado hipócrita, abstraída en la basta de sus pantalones que fueron largos hace un año y ahora apenas le llegaban al tobillo.

Ya el tonto Gil con la mano extendida esperaba el precio de su comisión.

Doña Milagros, echándose al cuello el velo que le cubría la cabeza - regresaba de Misa - abrió el bolso, guardó el devocionario, extrajo algunas monedas y puso término a la charla.

- Bueno; Y cuidadito con el aguardiente: ¡no vaya a ver al diablo como anoche; Otra vez que me vengas con el cuento.... no te doy un centavo más ¿entiendes?

Mohino, refunfuñando partió el mandadero a casa del Juez, con su tarrito de leche y su noticia.

No era más crédula la señora Olga.

Muy alegre, muy rubia, su cuerpo de diosa era un himno a la vida.

Al oír la cháchara del mensajero con la empleada, se asomó a medio peinar a la ventana, envuelta en una bata color rosa.

A duras penas dominaba la risa:

- ¡Cuénta, cuenta! ¿De veras que viste al diablo?

- Sí señora; con estos mismos ojos que se ha de tragar la tierra.

- ¿Y tenía cuernos....?

- No le ví naa cachos.

- ¡Ah! Era un diablo soltero, ¡qué simpático! Y ¿qué hacía?

- Quien sabe en que pilatunas andaría....

- ¡Qué pueblo.....! ¡Ni el maldito escapa a la maledicencia! Su risa cantarina se sumaba al coro de diucas y julgueros que poblaban los olmos de la calle.

Sin descorazonarse por tan frívola acogida, el tonto Gil dejó el tarro de leche en el umbral, reanudó su acostumbrada trotecillo y partió en dirección a la Parroquia.

La propia sobrina del Cura salió a abrirle.

Era una chica de unos dieciséis años, rostro de virgen española, tez mate y grandes ojos que lucían tímidos y apasionados, como en espera de una cita, tras la doble costina del caballo liso y negro. La modestia del vestido y la falta de "rouge" en los labios sonrientes, mostraban bien a las claras, que no necesitaba más adorno que el de su juventud para responder al calificativo de "la chiquilla más bonita del pueblo" honroso título del cual no parecía percatarse.

Con expresión de niño que oye un cuento de hadas, Rosarito escuchaba la relación del inácente.

El Párroco con sendos candelabros en las manos, atravesó el zaguán con rumbo a la sacristía.

- ¡Tío, venga! Aquí está Gil que dice haber visto al diablo;

- ¿A dónde?

- Aquí, en San José de las Pataguas.

Al Cura le hizo mucha gracia.

- ¡Alma de Dios! - ¡Qué va a venir a buscar el maldito en estos andurriales!

Con no menos buen humor fué acogida la noticia en la Farmacia de don Bernabé.

El Juez, el doctor Ibieta, Dantón Armijo, y Florencio Arredondo, el Contratista de Obras Públicas, se disputaban la palabra para interrogarlo.

- ¿Le viste? - le preguntaba el magistrado.

- Patentito, señor.

- ¿Y cómo era?

- Con la nariz ganchuda, de perita,.....al cuerpo de don Dantón.

Risa general.

- ¡Te ha visto a tí!- decía don Bernabé a Dantón Armájo; De seguro andarías voltejando alrededor de la Parroquia;

- ¡Palabra que no! ¡Palabra! El Juez y don Florencia son testigos.

- Yo no respondo sino hasta las doce....

- No lo niegues,- insistía el farmacéutico.- La sobrina del Cura te tiene chiflado....y ¡con razón!

Dantón, con aires de Fenorio, se arregló displicente la corbata.

- ¡A mí? No me importa un bledo. Si cae, bueno; si no cae, mejor! Lo hago sólo por hacer rabiar al fraile.

Don Bernabé anunció que iba acerrar.

Eran los ocho de la noche.

A esa misma hora, Mefistófeles, agazapado en un rincón del campanario, hacía amargas reflexiones sobre la estupidez de los humanos.

Esa noche no salió de su encierro.

~~CELECHUC~~

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

III

Al día siguiente nadie hablaba ya del diablo: La señora del Juez estrenó un sombrero verde con un coqueto ramo de violetas, y ante la "cloche" de la señora Olga, Mefistófeles pasó a segundo término.

¡Cuanto se habló de aquel sombrero!

- ¡Es una tesoridad! - comentaba doña Milagros. - Olga no se ha cuidado de ocultar que por encargo suyo se lo compró en Santiago el Contratista. Las que la conocemos, claro está que no podemos pensar mal; pero se expone a las habladurías. Hay tanta gente maldiciente: Dirán que es un regalo, que no lo ha comprado, que Florencio no quiso recibirle el dinero... ¡que se yo!

- Y otros dirán que estaba cancelado de antemano... - murmuró entre dientes el sobrino desgarrado e hipócrita.

La misma Dolores, la hermana del Cura, tan lánguida, tan triste en sus austeros ropajes de viuda, estaba entusiasmada.

- ¡Es precioso! Me recuerda uno que tuve cuando era muchacha - suspiraba con nostalgia - ¡También entonces se usaban los sombreros con flores!

- ¡Es una monada! Hacía como Rosarito.

- Con esto la "santiaguina" se va a poner más orgullosa... y más cargante... - decía la Boticaria.

El caso es que, como el perro de Alcibiades, el nuevo tocado de la "Magistrada" polarizó los comentarios, y el "ventisello" de la maldicencia que estremecía sus sedosas alas verdes y sus violetas de artificio, borró las huellas del Demonio y envolvió al pueblo en la bruma de su habitual monotonía.

San José de las Pataguas, es así: Vive en ese medio de murmuraciones como el pez en el agua. Tiene branquias. El ambiente mojigato y maldiciente que para otros sería inhabitable, satisface sus pulmones.

IV

Todos los Domingos antes de la Misa Mayor, don Nicasio Nuñez, precedido del tonto Gil que porta dos enormes ramos de flores, atraviesa la plazuela para dirigirse a la casa Parroquial.

Es un viejo alto y magro, en cuyos ojos brilla entre las cenizas de la senectud, esa ascua de pasión que el Greco puso como una firma, en las pupilas de sus hidalgos en el Entierro del conde de Orgaz.

Dolores, aún hermosa a pesar de sus años, sale a abrirle.

Saluda con una sonrisa vagamente triste, mientras el sirviente le hace entrega de los ramos.

- Este de calas para Ud. y este de aromo para Rosarito .

- ¿No son para el altar de San Antonio?

- Si, naturalmente....es sólo para que se dividan el trabajo.

Tanto Dolores como Rosarito están esa mañana, muy atareadas con el arreglo del altar.

En la tosca mesa de la sacristía, se alineaban floreros pasados de moda, junto al ascinamiento de ciprés y flores mustias; mientras al pié en un balde de latón, lucían en desorden grandes mazos de cinias

Rosarito recibía el nuevo aporte con las manos en alto.

- ¡Gracias, gracias don Nicasio....! ¡Buenos días! ¡Qué flores tan lindas! Pero no puedo ni siquiera saludarlo, tengo las manos destilando.....

- Ya lo veo... ,

Son preciosos los brazos de la chica arremangados hasta el codo y tostados por el sol que ha puesto en ellos como un polvo de oro.

Don Nicasio mira esos brazos ambarinos, esos labios sonrientes, esos ojos.... cual si evocara una visión.

Había sido pretendiente de Dolores veinte años atrás, cuando ella era una chiquilla poco mayor que Rosarito. No alcanzaba él entonces a la cuarentena. ¡Qué distinto hubiera sido si Dolores.....! La vida los separó. ¡Qué descalabro! Se quedó trabajando "como un burro" - esas eran las palabras - en San José de las Pataguas mientras ella partía a otra provincia con el tarambana que eligiera por marido. ¡Cómo pasa el tiempo! Vuelta a la casa del Cura, viuda y pobre, tornaba él a frecuentar la Vicaría.

Mañana y tarde, muchas veces, -siempre con el pretexto de alguna obra pía - su larga silueta franqueaba los umbrales de la casa del Cura.

Se sentía allí como en la suya propia. Formaba parte del ambiente. El día que faltara se le echaría de menos, sino como un ser animado

como uno de los sillones de baqueta o de los cuadros que ornaban la sala.

En realidad no desdecía su rostro ascético y sus ojos profundos de aquel ambiente conventual, impregnado de misticismo, en que se marchitaban, al par que las flores de la sacristía la que fuera, otro tiempo, la ilusión de su vida.

Los años han pasado como un sueño, y allí está ahora don Nicasio ante ella y la hija que bien pudo ser suya, en muda contemplación, en tanto que, absortas al parecer en su trabajo van colocando en los floreros de porcelana azul añil los manojos de calas que el saca del balde y entrega a una y otra por partes iguales con ademán sermoneoso.

- Así quedan mejor, dice la chica.

- Pónles más hojas. No van a alcanzarnos.

- Mañana, les traeré más - añade como un eco don Nicasio.

Ni una ni otra responden: ¡Están tan acostumbradas a sus atenciones!

Dolores serena, con mirada ausente, busca las tijeras en los amplios bolsillos de su delantal negro.

Rosarito con viveza de ardilla va de un extremo a otro de la mesa.

Los ojos del viejo se posan en madre e hija casi con adoración.

- ¡Maldita vejez! ¡Ah! ¡Si tuviera veinte años menos! - suspira.

Rosarito baja el rostro para ocultar una sonrisa y las negras pupilas de Dolores se cargan de sombras.

Siempre es igual: Sólo que este Domingo, don Nicasio al saber el entusiasmo que despierta en Dolores y Rosarito el sombrero de Olga, insiste en encargar a Florencio dos sombreros tan bonitos como ese, y de la misma tienda.

- No haga tal ¡por Dios! Nicasio....

- Si, si : uno para cada una: déjenme darne ese gusto....

- No don Nicasio.... ¡Por favor! impetra Rosarito

- ¡Nicasio! - implora con un dejo de reproche Dolores.

- Lo dicho; en cuanto Florencio vuelva a la ciudad....

Es inútil tratar de convencerlo: Ha trabajado toda una vida "como un burro" ; está viejo, no tiene otros agrados y quiere darse ese al menos.

- No se hable más y arreglen esas flores....- ordena. La hora de Misa se nos viene encima y faltan todavía tres floreros.

Tras algunas protestas las mujeres reanudan en silencio su tarea.

El Cura asiste, a veces, a las reuniones, y sonríe, sonríe con aire bastífico - Ya llegará el momento - piensa - de hacer rabiar un

poco a pelosos....

Las atenciones de don Nicasio se repartían, en efecto, en forma tan equitativa entre la hermana y la sobrina, que el Párroco no acertaba a definir la preferencia y hallando más verosímil la suposición, vista la edad del contrayente, hacía bromas a la viuda :

- ¡A mis años?- preguntaba ella ruborosa. ¡Si ya no estoy en edad sino de vestir santos!

- Pero, por Rosarito, tampoco puede ser: ¡Es tan niña!- reflexionaba el Cura.- Además..... donde ha habido fuego, cenizas quedan. ¿Te recuerdas? Hasta el momento de tu matrimonio no renunció a las esperanzas....

- ¡Oh! ¿Quién se acuerda de esas cosas?

Rosarito, en cambio, gastaba menos esfuerzo, por no decir ninguno, en penetrar el laberinto psicológico del viejo.

Para ella, don Nicasio le resultaba de una edad tan remota que casi, casi no lo consideraba un ser humano. Dudaba de que ese cuerpo ásarmentoso albergara sentimientos.

Si le hubieran dicho que uno de los sillones de baqueta tenía corazón no le habría parecido más extraño.



Dantón era otra cosa: por sus ideas anti religiosas, por su falta de medios económicos resultaba un novio imposible; pero en fin.... era un hombre.

En el paseo de la plaza amenizado por el Orfeón Municipal, Dantón Armijo se juntaba con la chica que le esquivaba el bulto como y cuanto podía.

- ¡Por favor!- le imploraba ella - no me vea tan amenudo: Ya sabe que a mi tío no le gusta.

- Pero, Rosarito.... su tío está a estas horas en la iglesia.

- Si, si; pero le cuentan: don Nicasio se lo dirá a mi mamá.

- ¡La Inquisición! - exclamaba Armijo - ¡Los seplones, los esbirros del oscurantismo! ¡Y luego el tormento! El tormento de no verla... Seguimos como en los tiempos de Torquemada y Felipe II. Porque no me niegue que el señor Cura y ese viejo retrógrado me persiguen fuera y exclusivamente por mis conceptos doctrinarios, por mis ideales políticos.... soy un mártir de la idea.

- No hable así, Dantón.

- ¡Si? ¡Ahora! la mordaza! Que el reo no gima, que se deje atenuar fibra a fibra las entrañas... ¡y es Ud., toda dulzura, el verdugo encargado de acallarme. ¡Arránqueme la lengua!

- ¡Qué hombre tan ponderativo!-

- Si, si - continuaba Dantón - arrójeme a la hoguera: no la te-

mo. Estoy en ella: Día y noche ardo en fuego de este amor imposible.  
¡La Inquisición! ¡La Inquisición!

Las ardientes protestas doctrinario-eróticas del leguleyo se embotaban en la candida sonrisa de Rosarito, como la munición del cazador en el plumaje del cisne; pero Dantón no cedía: paseaba su calle, le llevaba "pastillas de salón" y poesías de José Asunción Silva..... Sin perjuicio de desfogarse horas más tarde, en la Asamblea del Partido en incendiarias frases contra la clerigaya y los reaccionarios.

¡Exigencias políticas! suspiraba para sí, mientras su amiga y amanuense Ramiro Paríña, redactor del periódico izquierdista "El Libre-pensador" le estrechaba en sus brazos, lleno de entusiasmo al salir de la sesión.

- Has hablado como un príncipe. Eres un héroe.... Yo que conozco tu drama interior puedo decirlo: un héroe. Porque no me negarás que esas palabras, llave de oro para tu diputación, van a caerles como pelo en la sopa al fraile y a Rosario.....

- ¡Qué quieres! Yo soy hombre de principios. No faltaba sino que por una muchacha.... no soy de los que dicen como en los naufragios: "Las mujeres primero".

- ¡Eres un héroe!

N Nada, nada.... soy hombre de principios. ¿Respetar al fraile? ¡bueno! Lo respeto en cuanto a hombre. ¿Amar a Rosarito? Mejor, la amo en cuanto a mujer. La solidaridad humana y la fisiología no están reñidas con el concepto doctrinario; pero abdicar de mis ideales ¡Nunca! Prefiero la muerte.

Sin embargo, a la vista de la chica, el heroísmo político de Dantón Armiña flaqueaba hasta renunció tan serios como quitarse el sombrero so pretexto de calor, al paso de la procesión del Carmen.

---

IV

Con la llegada al pueblo del doctor Ibieta, médico del Seguro Obrero, la Farmacia de don Bernabé se enriqueció con un nuevo tertulia.

Jóven, dinámico, optimista, abrigaba un fé ciega en el progreso ilimitado de la ciencia.

- Derrotaremos a la muerte - decía. Hace quince años que un embrión de pollo conservado por el doctor Carrel en suero fisiológico mantiene sus tejidos en perfectas condiciones. El corazón sigue latiendo.

- Pero, entiendo que el profesor Carrel murió - interrumpió don Bernabé dejando de revolver en su almirás - el corazón le falló al sabio antes que al embrión....

- Porque no estaba en suero fisiológico; pero el rejuvenecimiento de la célula es problema resuelto. Lo que hoy hacemos con la célula lo haremos con el total de ellas: el hombre. La Fuente de Juvencio no es un mito y el doctor Fausto de símbolo poético ha pasado a ser un caso de laboratorio. Los nuevos métodos permiten la prolongación de la edad viril a fechas insospechadas hasta ahora.

Don Nicasio le escuchaba arrobado.

- ¡Vaya... vaya! Conaue así.....

- Suelta la pepa, don Nicasio - exclamó el contratista palmeándole la espalda - ¿en qué pensaba con esos hojos de cordero ahogado?

- ¿En qué....? Bueno.... en la ciencia.....

- ¿No sería en una viuda buenamoza? Confiéselo don Nicasio; estamos casi en familia; Dantón le da el consentimiento.

La alusión no halló acogida en "la familia". Dantón con aire displicente se dirigió a don Bernabé para ofrecerle un cigarrillo y don Nicasio se hizo el sordo.

- La vejez - dijo como si hablara para sí - es menos dura de lo que parece.... acaso, precisamente, porque no tiene remedio. Y hace mal al doctor en decir qué hay alguno. No se lucha contra lo que es ineluctable. Ante el hecho consumado la víctima se resigna; pero si hay una esperanza ¡qué tormento!

- ¡Resignarse! ¡Esa es una postura anti-científica!

- Así será, señor galeno, pero, por piedad, no asimile la vejez a un mal curable. Es inhámano. ¡Hága la prueba, por sí mismo. Diga a un cliente: Dentro de algunos años será viejo, yo se lo deseo, por cuanto equivale a augurarle larga vida, y se sonreirá; pero dígame en ca, bño al mismo caballero: "La afección que ahora le aqueja no es grandp cosa, sanará; sin embargo, debo advertirle que en algunos años más comenzará a sentir las manifestaciones de otra un poco más reblede.... ¿Los síntomas? Inequivocos: ¿Algo grave? Regular. Su piel se



y ancianos que son jóvenes. - Ud. ha podido comprobarlo.

- ¿Me lo dice de veras?

- Es un hecho....

- Al que hiciera ese milagro con gusto le obsequiaría mi parcela....

Se aproximaban a la casa del cura, y a medida que avanzaban la voz de don Nicasio se tornaba más ardiente.

El facultativo creyó del caso extenderse en una divagación de carácter científico.

- El amor, como el instinto de acometividad y otros fenómenos de ~~carácter endocrínico~~ carácter endocrínico.....

Un postigo se entreabrió. Rosarito había oído la palabra mágica y ¡al fin mujer! no resistía a inquirir quien la pronunciaba.

La neblina borraba las siluetas y tampoco entendió mucho aquello de endocrínico pero cretó reconocer la voz del médico hablando de amor.... ¡Qué ideal!

Tenía una voz viril que convencía y además.... ¡era tan buenmozo!

---

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

VI

- "En este pueblo, no se vive, se vegeta".- solía decir el Contratista en la Farmacia de don Bernabé - "tantito que uno se descuida corre el riesgo de dar hojas y, lo que es peor, de echar raíces....Frutos sí que no produce ni por casualidad....."

No estaba lejos Mefistófeles de suscribir tal opinión.

Un mes había transcurrido desde su llegada a San José de las Pataguas, y con asombro comprobaba que la pachorra del ambiente le invadía, que cada tarde le embargaba mayor laxitud....

Las primeras noches salió puntualmente a la calle; pero, poco a poco, con uno u otro pretexto, fué acortando sus paseos.

- No se puede hacer nada - suspiraba. - ¡No hay campo de acción!

Era una idea fija.

Es un hecho que el ritmo de la vida se ajusta, malá que mal, a la velocidad de los medios de locomoción, y en aquel pueblo con un solo automóvil, - el Ford V 8 de don Florencio Vargas - sin más carruajes que el coche de tropa de doña Milagros, el break de don Nicasio y dos o tres reliquias de ese género, daban en la norma de marcha las carretas.

Con ese andar lento de buey aguijado por la necesidad se arrastraba la existencia de todos .

Vida estúpida y dura a la vez.

Por tradición, que es una forma de inercia, la gente se levanta temprano, trabaja con desgano todo el día, en llegando el crepúsculo, ¡a la casa!

Los hombres, más aburridos que cansados de la diaria faena, regresan bostezando a sus hogares, comen o mejor dicho, tragan, se hartan y, semi dormidos caen al lecho. Las mujeres agobiadas de niños, uno al año, cuando no son mellizos- lavan a regañadientes la vajilla, mecén un momento al pequeño y se duermen "sin pasar,- como ellas dicen - de la primera casa del Rosario."

Los hijos siguen la tradición de sus mayores.

Excepción de algún borracho, que los Sábados interrumpe con gritos destemplados o una paliza a su mujer, la paz aldeana, nada turba la lenta sucesión de los días los meses y los años.

- ¡No se puede hacer nada! - repetía el diablo, los codos apoyados en el ventanuco del campanario parroquial, e inclinada la cerviz bajo el negro badajo.

En verdad no había allí porvenir para un diablo de empresa.

Hasta el pecado parecía embotarse en la monotonía de esa existencia rutinaria y plácida.

Como los hombres y las casas, las pasiones apenas si se alzaban del terruño.- Pecadores de pacotilla,- decía el diablo.

La envidia se limitaba a unas cuadras de suelo; la ambición a una alcaldía; la soberbia a unos aperos de montar; la venganza a envenenar el perro del vecino.....

Del amor, fuente inagotable de tragedias y de crímenes, vale más no hablar.

Nadie le concedía mejor sitio, ni más espacio en sus sueños que a la cosecha, a la comida o al caballo.

Las muchachas, soñaban cosas tontas; los muchachos ni siquiera soñaban.

El instinto solía arrastrar a unos y otros y se unían en la inconsciencia propia de las bestias. El hecho pasaba casi inadvertido. Si tenía consecuencias, el Cura se encargaba de arreglarlas: Bautizo, matrimonio y ¡Santas Pascuas!

En vano Mefistófeles pasaba revista a las contravenciones al Decálogo: ¿Ateísmo? Era sólo de palabras, todo el mundo cría en Dios, y en todo caso, según la expresión vulgar "no resistía al primer bolicá". No había ejemplo en San José de las Pataguas de alguien que a la hora de la muerte rechazara los auxilios religiosos.

¿Robos? Claro está que había robos; pero pocos y aminorados por la convicción de que el ladrón no lo hacía por gusto y que al robado no le hacía falta.

¿Desear la mujer del prójimo? ¡No faltaba más! Sin el factor misterio no hay amor posible. En el pueblo se conocía demasiado a las casadas, con todos sus pequeños defectos y dolencias para caer en tanta necesidad.

Otro tanto sucedía con el mandamiento de "No jurar su Santo Nombre en vano" ¡si era en vano ¿para qué? Y en cuanto a aquel de "Oír Misa entera todos los Domingos", un concepto religioso muy particular lo restringía, cuando era tiempo de cosecha, o había otros quehaceres, o los zapatos estaban malitos, a los días de Pascua y Año Nuevo.

- ¡Pobrecitos! - decía el Cura de sus feligreses - ¡viven como bestias y mueren como santos!

Era la verdad.

Los pecados capitales no sólo perdían fuerza sino que hasta cambiaban de carácter. La murmuración de todos y la hipocresía propia, evitaba los escándalos, entanto la envidia, trasmutada en policía de seguridad, ponía coto a las empresas amorosas y velaba, con ojo avizor, por el mantenimiento de las buenas costumbres.

Acaso era ello el cumplimiento del proverbio náutico que "Cuando el barco no tiene timón, lo guían los escollos".

Si alguien moría de borracho, "El pobrecito murió privado...." - se decía - y conforme a una vieja tradición - "se iba derecho al

cielo"; si otro, cegado por la ira, caís peliando a cuchillo en una en crujiada, se convertía en "ánima bendita". Tres ladrillos en forma de hornacina, una cruz rústica y algunas velas, se alzaban en el lugar de la tragedia eternizando la memoria del difunto. Se le hacían mandas se le llevaban flores y candelas, y...; hasta obraba milagros;

Lo que más irritaba a Mefistófeles, en San José de las Pataguas eran las gu brujas.... Las había en abundancia; pero ¡qué raza de hechiceras!

Muchas veces al mirar las bandadas de murciélagos que al anochecer dejaban su guarida entre las vigas y el entretecho de "coligü de la torre, recordaba con nostalgia los viejos aquelarres, sus trasgos, sus incubos, sus súcubos, fauna de pesadilla, sus duendes, sus brujas de flácidos pechos y sus perturbadoras aprendices de artes mágicas cabalgando a la grupa de la escoba;

Aquellas sí que eran hechiceras. Rendían culto a Satanás, bebían sangre de recién nacidos, decantaban filtros de sabandijas y mandrágoras, repartían maleficios....

Estas otras ¡qué verguenza! presumían de "curanderas" y de "meicas", invocaban a los santos, hacían ensalmos.

Con horror recordaba cuando oyó a una de ellas recitar junto al camastro de una enferma:

Que la salamandra se inflame,  
Que la hechicera pierda,  
Que la rana se repliegue,  
Que el diablo, desaparezca.....

Por un momento creyó que sus oídos le traicionaban.- "¿Que el diablo desaparezca? ¿Qué la hechicera pierda? No podía ser. La abyección de aquella degenerada no podía llegar hasta el extremo de exorcisar a sus mismos congéneres; pero la viaje prosiguió impertérrita:

Que ¡el diablo se schunche,  
Que el pájaro vuele,  
Yo soy la que tengo  
Poder y "virtú".

La renegada bruja invocaba hasta la virtud....

- ¡No se puede hacer nada - repitió 9; no hay sitio para mí; Con razón dice el Cura con su voz cascada: "¡Qué va a venir el diablo a estos andurriales?" ¡Ni el Cura me toma en serio! ¡Qué verguenza! Y Satanás....; cómo reirá Satanás....;

Al recuerdo del Rey de los Infiernos, su rostro se puso rojo como un ascua, sus ojos verdes despidieron rayos y se alzó cual movido de un resorte. xxxax

Su cabeza - había olvidado deshumanizarse - se estrelló con el badajo.

- ¡Maldición!

La campana, herida a su vez por el mazo de bronce, dió un lúgubre tañido; pero Mefistófeles, no se inmutó. Nada temía. Había vuelto a ser el de antes. Se irguió desafiante. ¡Qué viniera el campanero; ¡Que finiera el fraile mismo; ¡Allí él de pié los aguardaba; Se volvería un monstruo horripilante, convertiría en faldadas diablicas las campanas, los murciélagos en lobos y hienas voladoras, arrancaría de cuajo el campanario, y lo transportaría por los aires, con Cura y sacristán, más allá de las nubes..... ¡junto a las estrellas. A una señal suya las diablicas se despojarían de sus faldas de bronce surgiendo de ellas desnudas como diosas; hienas y lobos se transformarían en incubos y súcubos y la orgía infernal comenzaría para no terminar hasta la aurora, cuando el gallo de hierro de la veleta de la torre lanzara su tercera clarinada.... Vueltos a la tierra, el campanero quedaría loco, el fraile endemoniado.... ¡él podía hacerlo!

¡Infló el pecho plétórico de orgullo, echó atrás la cabeza y esperó;

Pero.....ni el Párroco ni su ayudante subieron al campanario. Dormían plácidamente, con esa modorra que es característica de San José de las Pataguas, y el insólito tañido no logró despertarlos.

Vanamente Mefistófeles, con las manos cruzadas sobre el pecho, fulgurantes las pupilas, en actitud dramática, aguardó frente a la escalera el instante de dar principio a la satánica función.

Pasaron los minutos y las horas.....hasta que la reflexión, siempre más temible que la ira, comenzó a abrirse paso en su cerebro.

Comenzó entonces a pasearse, en cuanto se lo permitía la exigua dimensión del campanario.

Había que hacer algo. No había duda. Su orgullo se lo exigía. No era cosa de darse por vencido al primer golpe. Que riera o no Satán de su primer fracaso o mejor dicho de los torpes chistes que tejieran en torno suyo los humanos era un punto secundario. Él era poderoso. Podía aterrorizar y reducir: ofrecer amor, riquezas, placer, triunfos y glorias terrenales o por la inversa ruina, odio, despecho, ansias de muerte, desesperación... Podía, incluso, endemoniar. Sus adversarios eran débiles y no estaba desprovisto su arsenal de guerra.

El mecanismo de los hombres es sencillo. Obedece, a tres resortes: amor, codicia, ambición.

Tenía la palanca para actuar. Ensayaría.

En general los habitantes de ese pequeño pueblo eran patanes. Carecían de malicia y fantasía; pero, buscando.... buscando....

Ahí estaba, por de pronto, el petulante del doctor Ibieta con su Fuente de Juvencia a base de vitaminas y de hormonas; Doña Milagros gansosa e hipócrita, capaz de hacer odiosa la virtud a fuerza de caca-

rearla a todas horas; Dolores inadaptable a la viudez; Dantón, su aliado contra el clero; Olga sensual y tentadora; Rosario ingenua como Margarita; el Contratista, don Nicasio, el Cura.... Por cierto que había paño que cortar. ¡Ya vería Satanás quien era Mefistófeles!

Volvió a sentarse junto al ventanillo, esta vez no tan cerca del budaño, cerró los ojos y se contrajo al estudio de su plan de acción. un plan tan viejo como el mundo.

Le veía claro: Se deslizaría furtivamente hasta sus víctimas; inquietaría sus espíritus al par que sus corazones, gota a gota, vertiría en sus oídos como el Rey..... en Hamlet, la ponzoña sutil de un ansia, de un deseo.....

Amor, ambición, codicia.....

Las almas caerían como tórtolas en su bolsón de cazador experto. ¡Lo mismo había hecho con el doctor Fausto y con su rubia Gretchen.....! Sólo que, esta vez no se dejaría burlar....

Las líneas estratégicas estaban tiradas. Era sólo cuestión de estudiar los detalles.

De nuevo cerró los ojos y se abstrajo en tenaz meditación.

Aferrado al alféizar y entornados los párpados en el embozo de su capa negra, hubiérasele tomado por un buitre que sueña con su presa.

Así, transcurrieron horas.

Un gallo cantó en la lejanía.

Daba Mefistófeles los últimos retoques a su plan de acción, cuando el alba extendió sus primeros brochazos de oro y rosa en el oscuro telón del firmamento.

)))))))))

Finalizó el año, sin que nada de nuevo aconteciera en San José de las Pataguas.

Vinieron las primeras lluvias. Algunos charcos en las calles, un poco más de musgo entre las tejas, menos trinos en los árboles desnudos, y... pare de contar.

Fuera del pueblo, el invierno se hacía más notorio. En las colinas próximas, los pardos cuadriláteros de tierra en cultivo, se tornaban negros y se destacaban como gigantescos "ponchos de Castilla" puestos a secar, en el fondo ocuro del loma.

También las mantas de tonos chillones, habían cedido el paso a los colores ocuro y negro de la vicuña y la ballena.

Ausentes las flores y los rojos frutos, la indumentaria masculina mimetizaba con el paisaje.

Las almas, en cambio, se mimetizaban con el creciente gris del cielo.

Inútilmente el contratista, sobreponiéndose a la tristeza del ambiente, organizaba fiestas y paseos.

La lluvia, con aviesa intención y matemática exactitud, se los frustraba.

La "comilona del chanchito" aunque debía celebrarse la terminación del primer trazo del puente, fué un desastre.

Enfermó don Nicasio, falló Rosarito, Olga tuvo un disgusto con su cónyuge que no pudo acompañarla ni consintió en que fuera sola, y por último hasta el perro de Dantón se atragantó con una medalla que doña Milagros trajo con la benéfica intención de coserla furtivamente al sobretodo del ateo.

Fuó un drama que degeneró en tragedia cuando el can dejó de ahogarse entre náuseas y toses y se trabó una árdua disputa teológica entre la solterona, el farmacéutico y el dueño de la quasi víctima.

Doña Milagros insistía en que se sacrificara al goloso perri- llo para evitar la irreverencia de que la medalla siguiera su camino hasta el final.

- ¡No faltaba más! gruñía Dantón rojo de ira. ¡Matar a "Jazmincito"! ¡Ni aunque se hubiera tragado la catedral! ¡Sería inhumano! ¡Y así hablan de caridad u de cristianismo! ¡Un verdadero asesinato! La materia es una misma. Hombres y perros no son sino pedruzcos de la escala zoológica. El hombre, al fin y al cabo, no es sino un ser más é evolucionado....

- Pero, tiene alma.////

- ¿Alma? ¿Qué es eso? ¿Quién la ha visto? Y si existe ¿quién le dice que los perros no la tengan? "Jazmincito" es un ser inteligente - más que muchos humanos le aseguro - no le falta sino hablar... pero, los sordomudos....

- Mejor es que no hable - intervino el contratista - ¡quién sabe que ineptias diría;

- Entiendo que la medalla no estaba bendita....observó don Bernabé tratando de restar importancia al hecho.

- No era bendita;pero era medalla.-

- ¿Ve Ud.? Un simple disco de metal.

- ¡No es lo mismo!

- Los perros son nuestros hermanos inferiores - porfiaba Dantón.

- ¿Hermanos ? Suyos tal vez;pero no míos;

A estar el Cura presente de seguro habría dicho:

- ¡Pobre animalito! Déjenlo Uds. tranquilo. No lo ha hecho con mala intención, La medalla es sólo un símbolo piadoso. Su valor reside en ello y no en el metal que lo materializa. Como todas las cosas humanas, su envoltura física está expuesta a estos percances que, podrán ser prosaicos;pero no son malos. No atribuyamos igual importancia a lo perecedero y a lo eterno. El cuerpo es sólo un servidor del alma. Mal que pese a sus miserias ha sido llamado "Templo del Espíritu Santo". Es la torcida intención, es el pecado, mil veces más repugnante que la ruindad física, la que imprime su estigma de vileza a la carne. Una pústula viviente era el cuerpo de Job y ¡en qué embriagador perfume de virtud, en qué lirio de pureza, se convertían al llegar al Cielo la pestilencia y la carcoma; mejor está esa medalla en las entrañas <sup>inocentes</sup> de un brutito o en un muladar inerte - vale decir irresponsable - que sobre un corazón lleno de malos deseos ....Déjen tranquilo al perrito .

Por desdicha no había quien pronunciara tal sermón.

A falta de otra voz conciliadora que obtuviera una tregua entre los contendores, atrincherados en parapetos tan opuestos como la muerte y la vida del canino, el farmacéutico, buscando una transacción entre ambos términos sugirió la intervención profesional del doctor.

Dantón saltó como un tigre.

- ¿Una operación cesárea? ¡Qué brutalidad!

- No se trata de eso.... Una simple excitación de la laringe.... desgraciadamente, al médico no se le halló en parte alguna. Estaba allí cuando empezó la controversia;pero, se había aprovechado de la confusión para ir a ver, a ún cuando fuera desde la orilla opuesta, la parcela que tenía reservada don Nicasio a quien le devolviera su pérdida juventud.

Allá, sentado en un tronco a la vera del río, la miraba, la miraba como se mira a una novia.

- Viejo chocho y desconfiado; ¡De mucho le servirá la casita blanca y la risueña huerta, con su bronconeumonía rebelde a las "sulfas".....!

Cuando se reincorporó al paseo campestre, ¡qué suerte! el problema estaba ya solucionado.

Don Bernabé había tenido la genial idea de administrar una grásea monstruo de "pasta blanco" a "Jazmincito", el cual, tras viñenta carraspera devolvió la medalla y la tranquilidad.

---

Los contrincantes se reconciliaron. Doña Milagros ofreció la manzana de la discordia a su adversario y éste correspondiendo al noble rasgo, prometió conservarla con respetuoso afecto, "si~~ya~~ no desde el punto de vista místico ya que sus ~~mas~~ convicciones no se le permitían como un recuerdo inolvidable."

- ¡Providencial! ¡Todo ha sido providencial!-suspiraba la solterona, envolviendo en una mirada aglutinante a su presunto neófito. ¡Ojalá que la simiente no cayera en tierra estéril!

- ¡Bueno, bueno! ¡A celebrar la reconciliación con añejo de Cauquenes! - clamaba el contratista golpeando las manos.

Todos bebieron; pero.... La alegría es campana que trizada enmudece.

Total: a las siete y media de la tarde, voló cada mochelo a su olivo.

Prodigios de literatura y de cursilería gubo de hacer Ramiro Fariña en el Librepiensador, para describir el paseo, como él "picnick" más "reussá de la saison" en San José de las Pataguas".

---

VIII

Una noche de Julio sonó inopinadamente la campana de la iglesia parroquial.

Todos la oyeron. El Cura mismo se levantó y subió a la torre.

Aún la cuerda se cimbraba como movida por la brisa; pero no halló alma viviente.

Coincidió el tañido con la desaparición del sacristán y la fuga de la muchacha que servía en casa de doña Milagros.

¿Quién habrá tocado la campana?

Se echó la culpa a "algún gracioso" que estuviera al tanto del idilio.

Al día siguiente "el Zanguango" como llamaban en el pueblo al ojeroso y desgarrado hermanastro de doña Milagros, ingirió sin duda por equivocación -¡chiquillo idiota!- una pastilla de oxicianuro de mercurio y estuvo a las puertas de la muerte. Sustos, carreras a casa del médico, jaculatorias, reprimendas, lavados gástricos, vendas a San Manco... El caso es que mejoró.

Siguieron varios días de lluvia y ventisca. El río con su constante arrastrar de cascajo, alargaba las noches con un sordo y monótono rumor de rosario.

Escampaba para llover con más brío.

Intrusos goterones se escurrían por entre las tejas, atravesaban el entretecho de colihue e inñaban el lienzo del cielo en ubérrimos senos de magnolia.

Las calles se llenaban de charcos y las alcobas de tiestos.

Así continuó todo el mes.

Natural: era pleno invierno.

Pleno invierno... y sin embargo, algo perturbador e indefinible flotaba en el aire como la apasionada melodía de una canción sin palabras.

Diríase que lejos allá en la quebrada, entre las húmedas hojas de los boídos, un Fauno anacrónico insistía en tocar su carmillo.

Al insistente resonar de la siringa pánica, la sangre se desentumecía antes que la savia.

Dentón subió el diapasón de sus declaraciones amorosas y de sus arengas políticas.

La lengua de la solterona se tornó más viperina.

El Contratista, so pretexto del mal tiempo, abandonaba cada día más la construcción del puente par ir a ver a la mujer del juez que, a juicio de este, estaba "de un carácter endiablado".

- Debe de ser el clima, don Florencio. Hace bien en venir a distraerla.

- ¡Qué clima ni que niño muerto! Aburrimiento..... y, contra

eso el único remedio es divertirse.....Déle permiso a la señora para ir a la capital....u organicemos una fiestecita.....

Olga aplaudía llena de entusiasmo.

-¡Eso, eso....! Este pueblo es insalubre. Todo el mundo está enfermo.... hasta Dolores.

Y reía.

Efectivamente, también la hermana del Cura se sentía mal: un malestar indefinible, una extraña inquietud, un vago anhelo de morir.

- ¡Hija! No es edad para esos romanticismos. - le decía el Padre roco.

- Y ¿qué quieres que le haga?

Cuando esa tarde don Nicasio, "aprovechando una escampada", llegó a la Parroquia, el Cura no resistió a deslizar en la charla un chistecito sobre la "novelería" de su hermana.

El vejete cogió la broma al vuelo.

- ¡Vaya con esta Dolores! Y le sienta la palidez, ¡ya lo creo que le sienta. Cuando habla de la muerte y entorna los párpados me recuerda la Dama de las Camelias....! Aprehehsiva!

Ella sonreía.

- Sé bien que no tengo nada,.....

Apesar de todo fué el propio don Nicasio quien insistió en ir a buscar al médico.

-¡Con este tiempo! No, por favor! sería un disparate!

Sin hacer caso de objeciones, alzado el cuello del abrigo y la bufanda de lana hasta las narices, partió chapoteando con sus chanclos de goma y "pisando crepúsculos" - como decía un verso de Dantón - en cada charca de la callejuela.

Delante de él marchaba una muchacha con un cántaro.

Buen espacio tardó en fijarse en ella: su cuerpecillo grácil se cimbraba como un junco.

- ¡Lo que es la vida! - se dijo - Hace unos cuantos años esta chica me hubiera parecido una deidad: Ahora la miro y me deja indiferente.

Tiene buen cuerpo, cabellos magníficos....¿quién va a negarlo? pero....! no me dice nada!

A estas alturas, para mí ver pasar a una mujer es lo mismo que ver pasar un gato.

No pudo reprimir una sonrisa al recordarse de aquel tío viejo que allá en sus mocedades solía decirle:

"Te compadezco Nicasito. En mala época te ha tocado vivir. No sabrás nunca lo que es bueno: Las mujeres de hoy día no entusiasman".

El entonces se reía; pero ahora veía bien que el caso no era para risa.

Pensó en Dolores. ¡Cuánto la había amado! ¡Qué tempestades de pasiones, angustias, celos y deseos desencadenaba en su pecho, un acento, un suspiro, una mirada sullen; ¡Y ahora ¿qué...? Mucho afecto sin duda, un gran cariño - la prueba es que arriesgaba su salud don ese tiempo de los mil demonios por traerle un facultativo que adase no era indispensable - pero, amor, amor, lo que se llama amor.....

- Y no es que ella haya cambiado tanto - se decía - Sigue atrayente, sigue hermosa.... hasta más interesante - según afirman los muchachos. Ahora tengo que informarme por la opinión de los demás. Mi juicio crítico no es ya tan seguro o, si se quiere, tan petulante en este ramo....

¡Gajes de la ancianidad! Para apreciar si un cuadro es bello he de ponerme anteojos; para saber si una mujer es tentadora, como carezco de antiparras tengo que preguntarle a los de buena vista. Pero... en realidad ¿son ellos y no yo los que ven las cosas con exactitud? ¿No llevan ellos lentes de ilusión - los mismos que me quebrara la experiencia - cuyos cristales les dan una imagen tan engañosa como seductora? ¿Las mujeres, son "en sí" tan hermosas como ellos creen verlas?

Pasó revista en su imaginación a algunas de sus conquistas juveniles. No hacía mucho había roto sus retratos. Algunas bonitas; pero otras en cambio... ¡"de quitar el hipo"! Esa era la palabra: ¡de quitar el hipo! ¡Y éi que las encontraba irresistibles!

- Pero si las mujeres no son como son - prosiguió en sus reflexiones - esa hermosura, ese atractivo, no está en ellas sino en quien se los achaca. Al sastre, no al maniquí corresponde la gloria. Con razón se habla en amor del fenómeno de "la cristalización". No es la ramita deleznable sino la escarcha que la viste de estrellas y fulgores, la autora del milagro. Es el hombre quien crea el ídolo y se prosterna a sus plantas. Por cierto que la mujer también crea el suyo. ¡Vaya alguien a saber como son en realidad tales deidades! Y cada enamorado lleva el ídolo en el fondo de su ser. ¡Maternidad masculina! Cada cual concibe y porta en sus entrañas la mujer ideal. ¡Qué mucho que el amor resulte a veces una carga tan pesada y su pérdida tan desgarradora....!

De reflexión, en reflexión, llegó don Nicasio a casa del médico

Estaba el doctor Ibieta, como siempre, ante un cúmulo de folletos y revistas.

Previo la reprimenda de rigor por haber salido a la calle con tal tiempo, endosó el sobretodo y acompañó a su viejo cliente.

Por el camino don Nicasio, le hizo partícipe de sus reflexiones.

- No; - le dijo el doctor - Rechace esas ideas. Son morbosas,

acusar un estado de decrepitud. Falta de hormonas. Aún cuando fuera por escapar a tales lucubraciones debiera Ud. ensayar un tratamiento. ... Como hoy se cree madre, puede darle mañana por sentirse grano de maíz y huir de las gallinas. Ahora, la senilidad puede combatirse. En saye don Nicasio. Se lo digo como facultativo y como amigo.

Don Nicasio le prometió ensayar.

Sin saber como llegaron a la casa del Cura.

En la puerta les esperaba Rosarito. El viejo le acarició paternalmente la barbilla.

- ¿Y la mamá....?

- Lo mismo.

Entraron a la sala de recibo, hablando de cosas banales.

Era la primera vez que el doctor cambiaba algunas palabras con Rosarito.

- ¡Qué chiquilla; ¡Xxxx Bazón tiene el idiota de Dantón para estar enamorado!

Fue don Nicasio quien recordó al facultativo el cumplimiento de su deber profesional.

Junto a la puerta de la alcoba Rosarito le explicó ~~xxxxxxx~~ en cortas palabras el estado de la enferma.

- Tiene sus nervios alterados, no duerme, no come.

- Puede ser, simplemente, una cuestión anímica.

- ¡Dios le oiga, doctor!

Entraron.

En un viejo sofá estaba Dolores.

Todo era oscuro en torno de ella. El vestido, el papel de los muros, el tejido en que las azucenas de las manos se movían dulcemente como movidas por la brisa.

Sólo los ojos brillaban como lámparas votivas en la cera del rostro.

- ¡Qué pena, doctor, que lo hayan molestado; No valía la pena.

- Señora, si es un gusto para mí. Mi ojo médico me dice que está Ud. perfectamente. A ver el pulso, los pulmones, la lengua..... Sáque la Ud. con franqueza como si se estuviera burlando de mí..... Los médicos somos para eso....

Dolores sonreía.

- Bien, perfectamente. Nada orgánico. Y ahora a lo más difícil: confesarse. La ciencia moderna con el padre Freud a la cabeza, mal que presuma de erije, se inclina cada día más al confesionario. Los estados de ánimo, el subconsciente, la liberación....

En efecto, el doctor la agobió a preguntas.

- Edad, no. Eso no se puede preguntar a las señoras; pero sí todo lo demás: Impresiones de niñez, recuerdos, desilusiones, esperanzas  
....

A medida que la confesión avanzaba, el médico sonreía .

- ¡Complejos, complejos!

Y, llegado el momento de la absolución:

- Ud. es joven señora.... Talvez más joven de lo que Ud. misma cree, y... eso tiene siempre remedio.

- ¿El tiempo?

- No: algo más sencillo y menos antipático. La esperanza. No se preocupe: Piense Ud. que la vida tiene tantas vueltas. Lo que negó en la primavera, puede darle en el estío.

- ¿Ud. lo cree, doctor?

- Estoy cierto. Esto es sólo un estado pasajero; Ud. melorará, rehará su vida, señora. Deje el asunto en mis manos....

- ¡No sabe, doctor, cuanto bien me hace oírle!

En la antesala esperaban al médico, don Nicasio, Rosarito y el Cura que regresaba en esos instantes de la sacristía.

- Muy bien. Pequeños disturbios de índole nerviosa. Un poco de paciencia y todo pasará.

- Lo que yo decía.

- ¡Mi mamá ha sido siempre tan nerviosa!

Todos estaban de acuerdo con el diagnóstico.

No obstante el Cura, acompañó al doctor hasta la puerta y, al despedirse, le tomó las manos con febril inquietud.

+ ¡No me engañe, doctor! ¿No es cosa grave? ¿No será necesario que cambie de clima?

- Esté tranquilo. Nada orgánico..... Complejos, complejos....

- ¡Qué descanso! No es ella sola la que me preocupa, sino la situación de Rosarito. Si Dolores tuviera que alejarse ¡qué complicaciones! Ud. comprende: una muchacha sola en casa de un sacerdote, por viejo que sea.... es dar pábulo a la maledicencia.

- Esté Ud. tranquilo.

- ¿Volverá, doctor?

- Me parece innecesario; pero si Ud. lo desea... como amigo.

- Gracias, doctor. Aquí tiene su casa. Venga, venga.... ¡No nos eche en olvido!

El doctor Ibieta regresó a su hogar lleno de optimismo. ¡Oh aquello era pan comido! Todo lo veía de color de rosa.

Comió de prisa y se acostó.

En la noche tuvo un sueño, un "sueño freudiano", según él.

Atravesaba el río por un puente muy grande e de seguro el que construía el Contratista - y llegaba a una casita blanca circundada de limoneros y naranjos en flor. En el umbral con un vestido azul celeste, le sonreía Rosarito.

En un sendero del jardín, vestido de marinero, pantalón corto y gorrita jugaba con un aro.... ¡qué aberración...! don Nicasio.

Al verle, dejó el juguete y buscó con pueril mano el silbato que llevaba en el bolsillo y comenzó a tocarlo....

El doctor lo oía entre sueños.

El pito seguía tocando.

Era el despertador....

---

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

IX

Durante varios días un estado de euforia,- así lo definía el propio paciente - se apoderó del ánimo del doctor Ibieta.

Una fe ciega en su ciencia, le invadía. Llegó a creerse el árbitro de la situación. La suerte había puesto en sus manos los hilos invisibles que movían las marionetas del tablado.

A un leve impulso de sus dedos, se yergue Dolores en su lecho de enferma, se arrodilla, apasionado, don Nicasio, bendice el Cura, sonríe Rosario....

¡Hermoso sueño de titiritero! Pero los sueños duran poco y casi nunca se realizan. En eso precisamente se diferencian de las realidades.

Basta que falle una hebra o que se enrede para que un títere se abata e introduzca la confusión en el retablo de Masse Pedro.

Y los hilos ahora comienzan a enredarse.

Ya no se oye en la casa parroquial, el tintineo de llaves que acompañaba de la mañana a la noche, con su piar de jilgueros, el activo ir y venir de Dolores por los largos y enladrillados corredores.

En cambio, es más resonante y lento el eco del viejo reloj de caoba que cuenta a regaña dientes las largas horas de su monótona inacción.

Dolores las escucha como algo lejano. Todo ahora le parece lejano.

A la breve reacción de optimismo que despertó en ella la palabra del médico, ha seguido este estado de cansancio, de displicencia, de atonía.

Teje maquinalmente en el sofá junto al bracero, mientras sus ojos, cada vez más profundos, y más tristes, semejan perderse en un sueño remoto.

Cuando viene el doctor, hoy es el caso, sonríe agradecida, pero evade todo intento de interrogatorio.

-¿Para qué? Ya me confesó Ud. hace días....No tengo nuevos pecados.

-¿Está Ud. segura? Ni de pensamiento?.....

Mueve la cabeza.

-No es edad para pecados.....

En vano el doctor trata de convencerla. Sutilmente le insinúa la idea de llamar a Rosarito.

¡Las "viejas" son tan aburridas! Los jóvenes con los jóvenes

¿No le parece?

- ¡Vieja Ud. señora! ¡No diga locuras!

Es alegre y bromista el doctor Ibieta. Luego, cuando se trata de la ciencia, del arte, ~~de la vida~~ de la vida.... ¡habla con una labia! Más de una vez Rosarito ha renunciado al paseo de la plaza, solo por oírlo.

- Su mamá está cada día más indócil - dice a la muchacha.

- Mal ejemplo ¿verdad? Y tanto que se empeña en que yo sea sumisa.

Después, el doctor en tono displicente pregunta si ha venido don Nicasio.

Dolores alza los hombros, dando a entender que nada sabe.

- Ya no se acuerda de nosotras. Tal vez tiene otras amistades... dice riendo la chica.

- No ha venido ¿de veras?

- Desde hace tres días.

- ¿Conque así....! Voy a tirarle las orejas.

En realidad el médico hubiera querido ver a don Nicasio un poco más afectuoso con Dolores. Privada de esa visita cotidiana, única distracción y, acaso, expectativa en su existencia, el estado depresivo de la enferma se acentuaba.

Estaba resuelto a traerlo al redil por angas o por mangas.

Miró con disimulo su reloj.

- Aún no es hora - se dijo.

Pensaba en la tertulia de don Bernabé a la cual nunca faltaba don Nicasio.

Habló largo el doctor aquella tarde acerca de los hombres ya maduros que pasan junto a la felicidad sin parar mientes en ella, como el sediente suele cruzar el arenal en cuyo fondo corre burlona y cantarina la vertiente. Tienen ojos y no ven, como dice el señor Cura. Buscan la dicha y no saben mirar el tesoro de dicha que encierran la pesadía de un recuerdo, la paz de una ternura compartida, el milagro de un amor, que parecía marchito, y abre sus rosas al atardecer... ¡Nunca el aroma de las flores es más embriagador que al declinar el día!

El placer... bueno, el placer no pasa de ser una simple excitación de la médula espinal, acaso de origen eléctrico, acompañado de un alza momentánea de presión arterial, aumento de la diástole y la sístole - dígan ustedes, una taquicardia, ... sin interés alguno para el hombre de ciencia ¡Epifenómenos sin importancia! Inócuo en pequeña escala, dañino, como todo, en dosis excesivas, el placer no resiste a un análisis serio ni merece mayor preocupación.... Es el amor, es la felicidad lo único que eleva que ennoblece, que valoriza la existencia.

Madre e hija escuchaban en éxtasis, la disertación del médico

que bien se expresaba y cuanto le sentaba esa corbata color guinda seca en su impecable traje gris; ¡Le hubieran besado!

Sus ojos estaban húmedos y sus manos ligeramente temblorosas, al despedirse del doctor Ibieta.

No se hallaba el, por su parte, se contentó de tener un momento de silencio, pero, ¡cuando se volvió a mirar a don Nicasio, se le vino a la cabeza una espina en su cerebro.

Su primer impulso fue hacerle un guiño, pero se contuvo, y se quedó solo, en una casa que tal vez le hubiera gustado visitar, pero que no le gustaba. Tal vez su amor propio; pero pensándolo, pensándolo...

Se acordaba de un médico al cual nunca don Nicasio favorecía con confianzas de esa índole, se inmascaba en sus asuntos...

Se acordaba de como unos momentos antes había dicho con tanta petulancia ante Dolores y Rosario: "¡Voy a tirarlas las orejas!" con tono de asombro. Era mejor esperar. Por el momento, volvía a pensar.

En su propio psico-análisis, atravesó la plaza decierta. - ¡Es así que hay cañones largos y cortos, que hay pan de dulce y de grasa...

... luego el clero no debe entrometerse en nuestra política militante... El acento tribunicio hacía esperar un nutrido auditorio; sin embargo solo oían al orador, Fariña y don Bernabé.

¡Es mucho hombre! - exclamaba el director del "Libre Pensador" casi al lado del vejete sin mirarle. Su casa estaba ya solo a tres cuadras, pero se encontraba en un buen punto de don Bernabé.

Don Bernabé, con los anteojos en la punta de la nariz, afirmaba con tono convencido por las hastas; - se dijo. ¡Hay que hablar con don Nicasio!

"Sindudamente".... Casi al llegar a la puerta oyó la voz de Dantón que peroraba: - ¡Es así que hay cañones largos y cortos, que hay pan de dulce y de grasa...

... luego el clero no debe entrometerse en nuestra política militante... El acento tribunicio hacía esperar un nutrido auditorio; sin embargo solo oían al orador, Fariña y don Bernabé.

- ¡Es mucho hombre! - exclamaba el director del "Libre Pensador" - No saben en la capital los valores que tenemos en provincia; Con un diputado así, no quedaría un solo fraile en todo el territorio.

Don Bernabé, con los anteojos en la punta de la nariz, afirmaba con tono convencido.

El doctor, sin querer comprometer una opinión verbal, golpeó sonriente la espalda al tribuno, y preguntó por don Nicasio.

- ¡Donde va a estar el "beato" hipócrita! - replicó riéndose Dantón. ¡De fiesta!

- Son buenos los remedios del doctor...- comentó con sorna Farfina.

Se sospechaba - y en San José de las Pataguas la sospecha equivale a la certeza - que don Nicasio Nuñez había cedido.

---

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

X

El demonio, entretanto, no descansaba.

Fatigado y viejo, con una tosesilla seca que le desgarraba los pulmones, seguía rondando por el pueblo.

Tenía su plan formado - un plan tan antiguo como él - y no consistía de llevarlo a la práctica.

- ¡Amor!- murmuraba al oído del Contratista y la mujer del Juez.

- ¡Poder, riqueza, voluptuosidad! - susurraba a la espalda de Dantón.

- ¡Amor... repetía en sueños junto a la cabecera de Dolores y de Rosarito.

Anticipándose a la primavera el naranjo del huerto se había cubierto de azahares.

Pero su víctima preferida era don Nicasio. Desde que había sorprendido sus intenciones de rejuvenecer no lo dejaba en paz.

- Juventud... amor, placer... le repetía cada noche al salir de la casa del cura.

Y don Nicasio, víctima de esta obsesión no tenía un momento tranquilo.

Cada vez sus suspiros se hacían más hondos: - ¡Ah, si tuviera veinte años menos!

Su pieza de solterón le parecía cada vez más fría, más triste e inhospitalaria.

Una noche, la obsesión se hizo más punzante; Veía a Rosarito - ¡Es el vivo retrato de su madre hace veinte años! Ah si este doctor pudiera....

Con esa idea fija se fué al escritorio y sacó un libro místico pero cayeron otros dos volúmenes que estaban al lado. Cogió el más pequeño. Era un libro de poesías. Lo abrió, y sin saber como, se encontró casi declamando

Juventud divino tesoro

Te vas para no volver -

De pronto oyó una carcajada.

No había nadie.

Cuando contó todo esto al médico. Este se rascó la cabeza.

- Bueno... eso de la carcajada no me gusta... Hay allí algo de alucinación

Y cuando este le observó... - No me siento más joven, claro está; pero las mujeres me producen una extraña inquietud.

- ¿De que se queja? le dijo el médico. - La juventud no es cómoda. ¡El tratamiento comienza a surtir sus efectos!

XI

Por aquellos días Dolores sufrió un histérico seguido de una fiebre nerviosa.

Deliraba: Todo ha florecido - decía - Rosas, Rosas... Soy joven, soy joven... ¿por qué me traicionas...?

Y luego con gesto terrorífico...

- Saquen ese vampiro negro; que mira ~~xxx~~... allí, en el rincón... Saquen ese vampiro que ríe...

Cuando para tranquilizarla el Cura le ofreció llamar a don Nicasio, gritó desesperada:

- ¡No; no quiero verlo... ¡no! ¡no! como si se hubiera tratado del vampiro.

Fué en mal momento, porque precisamente el médico se había ausentado a Santiago. El Cura en su desesperación, llamó a doña Milagros, y la casa se pobló de gente: La señora del Juez, el Contratista, el Juez, el hermano de doña Milagros y don Nicasio.

Rosarito, como una avechilla asustada, corría de la sala de recibo a la pieza de su madre.

Al verla el Cura, sentía que sus ojos se llenaban de lágrimas.

- Si esto sigue... si la pobre Dolores se empeora... y se nos va... ¿que irá a ser de esta niña?

Uno a uno, los presentes proponen soluciones... La mujer del Juez ofrece su casa para recibir a la niña...

Doña Milagros... lamenta no poder hacerlo, por su hermano... El muchacho ha cambiado mucho y hasta ha tenido que despedir a la sirvienta joven... No estudiaba... Sería dar pábulo a la maledicencia.

El Contratista, ofrecía obtener para la chica una beca en un internado.

- ¡Gracias! - decía el Cura - No se... no se; habrá que pensarlo.

Cuando quedó a solas con doña Milagros y don Nicasio, ambos rechazaron de plano la proposición de Lucía, la mujer del Juez. No se podía, ciertamente, decir nada de ella, pero era tan "privadora". Antes le había dado la "priva" por el secretario del Juez y ahora con ese Contratista que a lo mejor no era trigo limpio. Además había que pensar en el escándalo.- ¡Que diría Dantón! Hay que recordar las atrocidades que publicó en "El Progreso" contra el señor cura anterior porque vivía con su hermana, su hermana cincuentona. Ella misma confesaba 39... Ahora con una chica de 18 años como Rosarito.

- Cierto, murmuraba don Nicasio... El sacerdote debe ser como la mujer del Cesar; no basta ser honesto es preciso parecerlo.

- ¡Pero que hacemos?- preguntaba el Cura... Yo no veo otra solución que enviar a esta niña, donde unas monjitas.

Entonces don Nicasio llamó aparte al Cura, y tímida humildemente le presentó la solución matrimonial.

- El estaba viejo - claro está.- Esperaba mejorar...el doctor se lo aseguraba...pero, no podía dar crédito completo a la ciencia. En todo caso un matrimonio, casi por la fórmula....Serían pocos años. No viviría mucho...y Rosarito quedaría rica.

El Cura le estrechó las manos.

- ¡Gracias, gracias! Nicasio.- ¡Que más podría pedir yo que un porvenir así para la niña...Un hombre serio, con situación...cristiano.. Si el caso llega...¡No se como agradecersele!

- Pero ¿Que dirá ella...?

- ¡Oh! Rosarito es un ángel....Comprende que nadie sabe mejor que sus mayores, lo que a una niña puede convenirla...

Don Nicasio salió de la casa con el cerebro agitado por los más encontrados pensamientos. Sin duda el matrimonio era una grave responsabilidad; pero que encantadora era la chica ¡La viva imagen de su madre a los 20 años!

El diablo le esperaba a la puerta y le siguió.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

### III

Al día siguiente, Dantón supo por Lucía, bajo promesa de reserva absoluta, que el matrimonio de don Nicasio era cosa hecha. La situación especial de la muchacha....

- ¿Y yo...dijo...y yo? En el próximo período podré tener una diputación.

- Bueno ¡claro!...Pero no eran solo las ideas políticas; su actuación futura era clara; pero, no tenía situación...

El disco de Dantón cambió radicalmente.

Ya no era la clerecía y el obscurantismo, era el sistema capitalista...el error craso que conducía a la monstruosidad de entregar a una muchacha de 18 años a una momia, un fósil,...un animal antidiluviano. Pero ¡era dinero lo que faltaba! Pues bien, lo tendría; jamás el consentiría en tamaña ignominia.

Habló con el Contratista para que en su automóvil lo llevara al balneario vecino; pidió un préstamo, hipotecó su casa, tomó hasta el dinero de una partición y jugó....

Las fichas vienen y van en el Casino. Las manos se crispan y arañan el tapete verde.

Puntualmente, la pala de madera recoge las posturas de Dantón.

Un hombre flaco juega al frente. Ríe con expresión mefistofélicas. Dantón pierde todo; hasta la casa.

Sostenido por Florencio salen juntos del Casino.

- ¡Si hubiera mar! ¡Un peñón y mar como en Montecarlo!- dice con voz sorda.

- No digas locuras.

- Le he perdido todo. Lo mío y lo ajeno. Soy un ladrón. No me mires las manos....Tengo garras...Soy un ladrón. Rosarito misma me despreciará....Soy un ladrón.

- ¡Calma, hombre, calma!

---

Ante el mesquino escritorio de su casa, Dantón puso en orden sus papeles. Quemó algunos en un viejo brañero de cobre.

Luego escribió una carta a Rosarito.

- "Amor de mi vida:

Cuando llegue a tus manos esta carta, mi corazón que tanto te ha querido, habrá dejado de latir....."

Abrió un cajón del escritorio, tomó el revolver y se lo llevó a la sien.

La sombra de Mefistófeles se proyectó en el muro.

Una garra velluda cogió la mano de Dantón que dejó caer el revolver. Otra garra le presentó un pergamino.

- ¿Oro?
- ¿Para que? Voy a matarme.
- Hoy no me sirves - dijo el demonio - te quiero conciente.

¿Oro?

La mesa se llenó de monedas aureas.

La tentación se dejaba ver en la cara de Dantón, mientras el diablo insistía.

- Oro.

Dantón reaccionó.

- Billetes - dijo - billetes.

El diablo le miró extrañado.

- ¡Oro, no! - murmuró Dantón - tendría que decir que era un hallazgo, y... el 50 % sería para el Fisco. Billetes.

El diablo se alzó despectivamente de hombros y la pieza entera se inundó de papel moneda.

- Tu sangre - exigió el demonio, levantando la manga de Dantón. Este le presentó el brazo desnudo.

Mefistófeles se arrancó una pluma del birrete, le pinchó una vena y se la pasó. Dantón firmó.

- "...y, por cuanto en susodicho señor Satanás pagóme por ella el precio estipulado, a él entrego y rindo mi alma por los Siglos de los Siglos."

"Dantón Armijo"

---

Pocos días después se supo en el pueblo que Dantón estaba rico; había llegado a un arreglo con sus acreedores, había comprado un fundo; hablaba en forma moderada sobre el régimen económico actual, estaba casi derechista y para colmo le había mandado una dédiva en billetes nuevos al Cura, para hacer una obra de beneficencia.

Esto último acentuó el chisme de doña Milagros... que el súbito enriquecimiento de Dantón, no se debía a fraude, gestión administrativa, como decían, si no a milagro de Fray Andresito. O quizás a la medalla que ella le obsequiara en el paseo al puente.

¡Rabió más el diablo al saberlo...!

---

GELICH UG

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

XIII

Cuando llegó el doctor encontró mejor a Dolores; pero muy mal a Rosarito.

Le habló hasta por los codos:

Le explicó su situación, las esperanzas que fundaba en el honorario que le había prometido don Nicasio...; se le declaró y le pidió como gracia que saliera a la noche siguiente al balcón de su pieza.

A ella parecía que el cielo se había abierto.

Le contó, llena de rubores a su madre que el doctor la amaba...

También la madre pareció revivir. Hasta se levantó.

Don Nicasio se había tornado irascible. Todo le molestaba: Sin motivo alguno había hecho despedir a la muchacha de servicio porque según decía, su sola presencia no le dejaba concentrarse en sus negocios.

Luego en la farmacia de don Bernabé tuvo un incidente muy desagradable con Dantón.

Le echó en cara su cambio de ideas políticas por móviles interesados y el dinero que había dado al Cura.

- ¡Esta es buena! - decía el Contratista - Ud. tan clerical y se enoja porque ayudan al fraile.

- No protesto del hecho en sí; sino de los motivos que lo inspiran.

- Yo no he abdicado de mis principios ideológicos, decía Dantón; la solidaridad social, no exige que sea realizada solo por los laicos...

Llovieron las aluciones personales.

- Hay dádavas inspiradas en la sensualidad... decía don Nicasio.

- Es fácil hablar de sensualidad cuando se arrastran las patas y se es casi un cadáver. Mil veces más repugnante es fingirse el beato y aprovecharse de la necesidad de una muchacha para arrastrarla a un "contubernio" absurdo... Porque eso no es matrimonio, ni cosa que se le parezca... Es una compra denigrante... ¡La antesala de los cuernos! ¡Eso!

- Así pensará Ud.; pero la juventud, como dice muy bien el Doctor Ibieta, no se mide por los años... hay una edad fisiológica que no depende de los años; hay niños que nacen viejos... y hay viejos...

- ¡Que parecen niños!

- No sé a que viene esa observación.

- Yo, sí.

Don Nicasio se fué a casa del Cura; pero Rosarito pretextó una jaqueca y Dolores otra... Todo el mundo estaba en la casa con jaqueca, según le expresó sonriente el señor Cura.

Se volvió a su dormitorio y no pudo dormir. A las once salió

su obsesión lo arrastró nuevamente hacia la parroquia.

En la ventana de Rosarito estaba el médico pegado a la reja.  
No pudo contenerse y lo increpó.

El postigo se cerró como por ensalmo.

- Muy bien; muy bien...; preguntando sin duda por la enferma.  
¡Eso se llama ser un médico que se preocupa de la clientela! ¡Ahora lo comprendo todo!

- ¿Pero, qué, D. Nicasio?

- ¿Que? ¡Su interés por mejorarme! Sus remedios, sus vitaminas, sus extractos glandulares, sus porquerías que me intoxican y me dejan más viejo que antes. ¡Farsante!

- Pero Ud. ha mejorado don Nicasio.

- ¡Sí! Muchísimo.

- Ese mismo estado de excitación es una prueba... El espíritu de acometividad es un síntoma de virilidad. El mecho se torna agresivo. El cabro....

- ¡Sí! ¡compáreme con un cabro!

---

Daban las 2 de la mañana en el reloj de la Municipalidad, cuando regresó a su casa.

En el camino se le acercó el tonto Gil.

- ¡Lo tengo casi pillado, patroncito!

- ¿A quien?

- Al Maldito. Lo vengo siguiendo "dende" media noche. Parece que anda a la siga del señor Contratista, porque llegó hasta el "piuchán" que le arrienda Misia Milagritos; de ahí se fué pa la casa de D. Dantón... y después "agarró" por este lado... como pa la suya... Guarde con el rincón porque poallá se me perdió....

- Déjame tranquilo.

- Guarde con el rincón, patroncito...

Tanto le insistió, que don Nicasio evitó pasar junto al recodo que forma la casa con el muro del frente.

Fastidiado y con una inquietud, que el mismo no se explicaba Don Nicasio subió la escalera.

- ¡Bah! la lámpara del escritorio se le había quedado encendida.

Entró, allí seguían en el suelo los libros que cayeron del estante cuando buscaba el libro místico.

Uno de ellos estaba abierto en una página con un viejo grabado.

Se caló las gafas para verlo.

Era el Fausto de Goethe y el grabado representaba a Mefistófeles, expiando con mucha ironía al célebre doctor y Margarita.

Se asomó a la ventana.

El tonto Gil estaba espiando en la calle. Allí permaneció hasta cerca del amanecer. Tres veces consecutiva vió iluminarse la ventana de Don Nicasio con fulgores extraños, ...olor a azufre.

"Mesmamente que una lámpara" ,decía Gil.

- ¡Oh! ¡tiempos en que el demonio se permitía obrar tales prodigios!

La imagen de Margarita le sonreía con la misma expresión de Rosarito.

- Satán, Satán ¿que te has hecho? - murmuró.

La figura de Mefistófeles comenzó a crecer, a crecer, hasta salirse de la página del libro. Enorme e inconsistente como una sombra estaba ante él con los brazos cruzados y le decía:

- Amor..., juventud... ¡placer....

- ¡Si!

- Me darás tu alma...

- Si.

La garruda mano le alargó una pluma de ganso y un papel.

Don Nicasio firmó.



Días después, el Contratista llegaba a la trastienda de don Bernabé con una botella de champaña bajo el brazo. Había que celebrar el triunfo del doctor Ibieta.

- Progresos de la ciencia - exclamaba Dantón... ¡Es admirable; ¡Lástima que pierda sus conocimientos en rejuvenecer una carroña tan despreciable!

- El capitalismo ~~Dantón~~... Dantón... ¿Que quiere Ud.? El hombre es rico... - le decía burlón don Bernabé sin dejar su mortero. - El infame régimen capitalista... que perturba los espíritus y ~~corrompe~~ <sup>compra</sup> las conciencias.

Dantón, ahora muy bien vestido, con un brillante en la corbata y una gruesa cadena de reloj que le cruzaba el chaleco, no tenía ya frases tan condenatorias.

- No hay que exagerar - dijo. - El capitalismo, cuando cumple con una función social, es respetable.

- ¡De vera! Perdóneme dñm Dantón se me olvidaba que ahora Ud. está rico.

- ¡No crea que es por eso! ¡Palabra de honor! Una cosa es la verdad... y otra la demagogia.

En ese momento ~~se~~ entró el doctor. Venía triunfante.

- ¡Le han visto?

- ¡Claro!...

- Naturalmente el aspecto externo no ha cambiado. Ya vendrán las vitaminas a quitarle las canas. ¡Pero es otra cosa!

- ¡Naturalmente! ¡Otra cosa! Dinámico, entusiasta, vigoroso.... ¡Cualquier día va a resultar con alguna querida!

- ¡Que me cuenta a mí, que lo tengo contratado para un baile de fantasía que estoy organizando en Santiago! Le brillaban los ojos... decía el contratista.

- ¡Buena! Esto hay que celebrarlo. Aquí tengo la pócima que trajo el Sr. Contratista... ¡La saco!

- No, no; esperemos a que llegue el juez.

Este llegó tarde.

Entró dando mil excusas por su atraso. - Un asunto tan absurdo y tan ridículo... Tan grotesco que podía contarle sin temor a malograr el éxito del sumario.... Una denuncia contra el Cura... per... ¡no podía contarle de risa! por falsificador de monedas... y todavía para darlas a los pobres.... Billetes falsos.... ¡no es para morirse de risa!

Todos estallaron en una carcajada; menos Dantón, que se puso profundamente pálido.

- ¡Esa tiene que ser una infamia! Y me admira que un juez serio como Ud. pierda el tiempo en investigar tales inépcias.

- ¡Y que quiere que le haga don Dantón; Es mi deber...Allí de jé al secretario tomándole declaración.

- Nadie más anticlerical que yo,ustedes saben,..pero hasta entre los frailes hay que distinguir;ese es un hombre honrado...

- Yo siento más que nadie la querrela;creo que hay un interés político;pero no puedo evitarla.

- Y¿quien pide tamaña aberración?

- La Asamblea de su propio partido. El voto lo presentó su amanuense...

- ¿Gandía? ¿Y lo toman en cuenta? ¡Miserables! No haber estado yo allí para fulminar a esos imbéciles.

- ¿Sí? ¡Para que lo expulsaran del partido; observó el Contrataista.

- No señor; Una cosa es doctrinarismo en sus nobles principios de libertad de pensamiento y tolerancia...y otra el sectarismo...¡El fanatismo,venga de donde venga,me revienta;

Dantón se tornó taciturno.

---

La muchacha que había despedido doña Milagros por evitar peligros a su hermano,vino a ofrecer sus servicios a don Nicasio,pues sabía que había despedido a la otra niña.

Don Nicasio la tomó.

Venía embarazada;pero don Nicasio solo vino a saberlo un tiempo después ,y la culpa cayó sobre él,con gran satisfacción del Doctor y gran escándalo de doña Milagros.

Don Nicasio maldecía su juventud.

---

XV

Aquella noche Mefistófeles, agazapado en un rincón del campanario, reflexionó amargamente sobre su situación.

Nadie creía en él. Tornaba rico a un hombre, y atribuían el prodigio a un milagro....Rejuvenecía a otro, y achacaban el prodigio a un doctor...

La magia diabólica se convertía en un vulgar y simple proceso endocrínico y su dinero ¡pestes! iba a parar al Cura.

Nadie le agradecía: El doctor, con su petulancia acostumbrada, se atribuía el éxito...

Don Nicasio desesperado de ser viejo verde; Dantón furioso con la cuestión de los billetes. Culpa de él únicamente; creía saber más que el diablo;

Con razón, él, Mefistófeles, se había resistido tanto a dárselo: Veía claro que no podía hacerlo: Si los billetes llevaban el mismo número de los en circulación, eran falsificados; si llevaban números distintos, respondían a una emisión fraudulenta....

Y todo por la estúpida disposición legal que daba al Fisco la mitad del hallazgo.

Bien merecido tenía el idiota el enredo legal en que se hallaba. ¡Que tiempos aquellos en que el Doctor Fausto solicitaba sus servicios, y la Dueña escuchaba sus requiebros y Margarita recibía ruborosa el cofrecillo repleto de joyas que se le dejaba en la ventana;

Entonces había fé, idealismo, su solo nombre imponía pánico a las multitudes.

Su efígie caprina emergía de las torres medieevales, se recortaba en las siluetas de las gárgolas.

Los pinceles de Jerónimo Booch, llevaban su retrato a las alcobas imperiales.

Sus planes arquitectónicos trazaban los atrevidos arbotantes, las sutiles ojivas de las catedrales.

Do quiera se veía una obra audaz de ingeniería, se atribuía a él la gloria de la construcción: "El puente del diablo" "La torre de Satanás".

Brujas y frasgos, creaciones suyas, poblaban la noche de los Sábados.

Cada aurora ponía fin a un aquelarre. Los endemoniados llenaban el aire con sus imprecaciones y fieles a sus creencias se dejaban calcinar en las hogueras del Sante Oficio.

Misas Negras le rendían un culto casi divino.

Doquiera surgía lo maravilloso era él, Satanás, quien lo creaba.

Ahora, los reglamentos municipales, las disposiciones del Banco

Central, las vitaminas y los sueros le cerraban el paso.

Tan solo, sus jurados enemigos, los santos, seguían obrando prodigios.

El, era solo un maldito espíritu... el espíritu del mal...

No valía la pena bajar a la tierra

¿Para que? Para ser desconocido, burlado, escarnecido, bafado.

No valía la pena bajar a la tierra.

Se apoyó en el alfeizar del postigo y undió la cabeza entre las garras, agobiado.

El Juez no estaba menos deprimido.

La declaración del Cura en el proceso por falsificación de especies valoradas, planteaba al magistrado un verdadero conflicto.

Interrogado acerca del origen y autenticidad de los billetes se había limitado a contestar:

- Si son esos los que di a los pobres, no pueden ser falsificados, porque me los dió un caballero muy conocido aquí de todos y amigo íntimo de Usía, don Dantón Armiño.

- ¿Está seguro?

- Es el único dinero que he recibido en estos días... El Arzobispado no me ha enviado este mes los estipendios(?) y desde el día de San Serapio, nadie me ha mandado decir ninguna Misa.

Con dolor de su alma el Juez, tuvo que citar a Dantón. Apesar de que el querellante quiso desistirse, se vió en la obligación de seguir el sumario "de oficio".

Y, que declaración la de su amigo! Pese a su fama de leguleyo esperto, Dantón se confundió, se contradijo y terminó por decir que ese dinero lo había obtenido al juego en el balneario próximo. El Contratista que lo había llevado en su automóvil hasta la propia puerta de las termas, podía asegurarlo.

Cuando la información judicial instaurada al respecto en el casino, demostró que el inculpado, en vez de ganar allí una suma fabulosa, como él afirmaba, la había perdido, Dantón solicitó espontáneamente una audiencia:

- Quiero hablar con el amigo, no con el magistrado - dijo - Hay aquí una cuestión íntima que quisiera explicarle. ¿Puedo hacerlo?

- Hable, Ud.

- Se trata de algo sumamente personal... El Juez le miró con aire compasivo. ¿Que enredos habría de por medio? Quizas esos billetes que

aparecían como falsos, se los hubiera dado una mujer... Hasta llegó a pensar en doña Milagros... Desde hace un tiempo la iba a ver Dantón tan amenudo...

- Le escucho Dantón.

- Bien, magistrado: Ese dinero me lo dió... el Demonio.

El juez no pudo reprimir una carcajada. Después lo miró con asombro.

- ¿Está Ud. loco? ¿El diablo?...? ¡No me haga reír!

Dantón bajó la cabeza.

- ¡Sí! firmé un pacto con él.

El Juez se puso serio.

- ¿Por quien me toma Ud.? ¿O es que ha bebido? ¡Ud., Ud., un hombre que se las da de librepensador, que no cree en los espíritus...! ¡No entiendo esa burla!

- No es burla; es cierto... Yo no estoy borracho ni lo estaba, cuando él llegó hasta mí; cuando firmé ese horrendo pacto, cuando puse en mis manos los billetes. ¡Se lo juro como amigo!

El Magistrado movió la cabeza.

- Bueno, Dantón, váyase Ud. a su casa, repose, tome un calmante, trate de dormir.. Después hablaremos ¡pero como amigos! yo le pido también que no se escuse con el Diablo... ¡Lg creerían loco! No meta al Diablo en el Sumario... Amigo y todo tendría que pedir informe médico sobre su... estado nervioso.

- Sin embargo...

- No, no, Dantón, vaya a acostarse...

Cuando el Juez le vió salir, encorvado, vacilante, tan distinto del Dantón que siempre había conocido, permaneció algunos momentos caviloso. Consultó el reloj - eran las 5 - y llamó al secretario para decirle que iba a pasar un momento a sus habitaciones, antes de continuar con el despacho.

El Secretario llegó con un nuevo expediente en la mano.

- ¿No quiere informarse US.?

- No, no; más tarde...

- Es un caso interesante. Una demanda del Dr. Ibieta contra don Nicasio Orezco por cobro de honorarios. Pretende el Doctor que lo ha rejuvenecido.

El Juez se rascó la cabeza.

- ¡Caramba! ¡Otros dos amigos! ¡Que molesto!

En fin, ya veré eso en un momento más. Espéreme.

En la demanda el Doctor pedía que se llamara a don Nicasio a absolver posiciones.

- Diga el demandado como es verdad que a fecha... prometió al infrascripte otorgarle en concepto de honorario la finca que posee en tal parte, caso de experimentar...

- Diga el demandado como es verdad que su estado físico ha experimentado un indiscutible rejuvenecimiento a contar de la época en que abrazó su tratamiento.

- ¡Que ridículo! murmuró el Juez.

---

GELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

XVI

Quince días después, cumpleaños del Magistrado, el Contratista estaba invitado a comer en casa de éste.

El Juez no había llegado; pero la señora los esperaba.

El contratista llegó triunfante blandiendo una esquela.

- ¡Mire, mire!

- ¿Qué es eso?

- Adivine...

- Una carta de amor...!

- Frio, frio como el agua del rio.... Ud. sabe que la única mujer a quien adoro no me escribe.

- Un ascenso.....

- Mejor que eso.....

- No adivino.

Era una invitación a un baile de fantasía que daría el Domingo próximo un amigo de Santiago:

P.D. Reserva absoluta. Inútil presentarse sin buena compañía.

Los ojos de Olga se iluminaron. El sueño de su vida había sido siempre asistir a un baile de disfraces.

- ¿Tiene elegida ya la suya?

- Por cierto.

- ¿Se puede saber quien es esa feliz mortal?

- Eso no se pregunta.... ¡Ud.!

- Sabe bien que eso es imposible. Estoy presa en este pueblo. Mi marido es tan rígido, tan anticuado.... ¡no me dejaría! Además no tengo disfras.

- Eso corre de mi cuenta.

Quedaron en inventar un pretexto. Ella diría el Sábado que su madre estaba enferma. El le enviaría un telegrama desde la capital y ella tomaría el tren precipitadamente. El Lunes resultaría que la enferma estaba mucho mejor y él mismo la traería en su automóvil.

- ¿Irá?

- No se.

- Gracias. En lenguaje de mujer, "no se" quiere decir sí.

El Juez llegaba en ese momento llegaba en ese momento acompañado del Comandante de Policía. Venía muy preocupado.

Desembuche, magistrado, - le decía éste - desembuche.

El callaba; de pronto dijo:

- ¿No han encontrado un poco.... raro a Dantón?

- Como de costumbre - dijo el arquitecto.

- ¿Y a don Nicasio?

- Checho; pero nada más - observó el Comandante - a su edad

tiene derecho.

- Me refiero a una perturbación mental bien definida.

- No....

- Venga, Comandante, dijo el Juez y lo llevó a su escritorio.

- Con Ud. puedo hablar francamente - dijo - Por razón de su cargo tarde o temprano tendrá que intervenir en este enredo.

- ¿Cual?

- Estamos en un pueblo de locos... de locos furiosos. Hace días Ud. lo sabe bien, tuve que llamar a declarar a Dantón comprometido en ese maldito proceso por falsificación.

- ¿Y?

- Me llamó aparte.... y me afirmó que el falsificador era... el Diablo.

- ¡Qué gracioso!

- No se ria.

- Ahora he tendio que hacer comparecer a don Nicasio, que se niega a pagar el honorario convenido con el doctor Ibieta.

- ¿Y niega que está mejor?

- ¡Ojalá! Dice que lo ha rejuvenecido... el diablo.

- ¡Qué chacota!

- Lo curioso es que uno y otro afirman el hecho, con tal seriedad, con tal número de pormenores, hasta con declaraciones de testigos, - el tonto Gil, una hermanita de Caridad, - que coinciden en la descripción del sujeto.

- Y ¿Ud. cree que es el diablo?

- Por cierto que no; pero creo que puede ser un hombre, un pilla que se finga tal para explotarlos.

- No me diga más. El mismo caso del fantasma que patraquebba hace tiempo a los huasos..... ¡El ánima viada! No me diga más. Déme la descripción del individuo y antes de una semana le tengo al diablo aquí con una barra de grillos.

Quedaron en eso.

---

¿Fue indiscreción de don Nicasio, del Comandante o de Dantón?

El caso es que el cuento del Demonio comenzó a circular otra vez por el pueblo y esta vez con tal vigor que el Cura se sintió en la obligación, en la Misa del Domingo de decir algunas palabras desde el púlpito.

- "Y ahora, hermanos míos, unas cuantas palabras para censurar, no propiamente un vicio, sino un hábito funesto, que ha comenzado a tomar cuerpo en estos días."

"Se habla mucho aquí del diablo.... ¡bien está no olvidarse del Infierno; el demonio existe. ¿Quién puede dudarlo? Ronda en torno de nosotros "como león hambriento" según la gráfica expresión del apóstol...."

El tonto Gil sonríe satisfecho. Don Nicasio con los ojos bajos esboza una afirmación con la cabeza. El Cura prosigue:

- "El Espíritu del Mal llega, sin duda, hasta las almas, las con-turba con torpes deseos, viles intenciones, malos pensamientos; pero, de ahí a suponer que Satanás por fútiles pretextos materiales se haga presente a nuestros ojos, huelga a azufre, tenga cuernos o use tal o cual sombrero, hay un mundo de distancia.... Es ingenuo pensar que el Rey de los Infiernos - no olvidemos que Satanás es un espí-ritu - necesite recurrir a semejantes medios para inducarnos al pe-cado. Más que supersticioso, tal concepto es rídículo, es estúpido."

Don Nicasio hace un gesto de molestia. El tonto Gil demuestra a la vez sorpresa y rabia. El orador continúa:

- "Igualmente necio es atribuir a Satanás todo cuanto sucede! ¿Una persona recobra la salud? - "¡Ah, la ha sanado el demonio!" ¿Una histórica dice disparates? - "Está endemoniada: el Maldito habla por su boca." ¿Alguien hace un negocio afortunado? - "¡El Diablo le ha dado el dinero!" Pero, hermanos míos, ¡si hay cosas que no puede hacer el diablo! Crear papel moneda, por ejemplo. Los billetes tienen nú-meros. Si los ~~guberna~~ fabrica de la misma serie, serán falsificados, si de otra distinta, constituirán una emisión fraudulenta. En ningun-o de ámbos casos valdrán nada."

"No olvidemos además que el demonio no tiene más poder que el que Dios le ha otorgado, y puede hacer sólo lo que El le permite...."

---

El diablo, agazapado tras una columna le escuchaba.- No cree en mi poder.... me vengaré - se dijo - y resolvió endemoniar a la her-mana del Cura.

---

XVII

Esa misma noche cerca del amanecer el Juez fué despertado por un sargento. Los policiales Gomez y Rodriguez habían aprehendido al Diablo - en automóvil y con una señora que se negaba a quitarse la careta. Eran el Contratista y la mujer del Juez.

El automóvil en regresaban los disfrazados habían sufrido una "panne" a la salida del vado que lleva a la carretera de San José de las Pataguas. Al ver que descendía del auto un ser extraño, los policías montados Gómez y Rodriguez acudieron al galope y el Diablo fué sorprendido con la llave inglesa en la mano, mientras "Margarita" trababa en vano de ocultarse en el fondo del auto.

Toda resistencia fué inútil. Protestas de Mefistófeles y súplicas de Margarita cayeron en el vacío y fueron conducidos a la Comisaría.

El Comandante había ido - por una pesquiza impostergable - según dejó dicho en su casa - a las Termas vecinas y llegó después que el Magistrado.

Cuando entró al Cuerpo de Guardia, donde los detenidos se encontraban, Margarita tomó la ofensiva.

- El culpable, eres tú, tú, sólo tú; gritaba. Me tienes secuestrada en este pueblo.... No me dejas salir a parte alguna ni con tu mejor amigo.... ¡Me obligas a mentir....! ¡Sí, sí... a mentir; ¡Mañana todos, todos estaremos deshonrados; Yo me volveré a casa de mi madre.....

- Pero, explícate.

- No, no; mañana me volveré a casa a vivir... y tú caerás en el ridículo. Como juez, como marido serás una irrisión....

El Juez hizo salir a todos los presentes y cerró la puerta. Lo que hablaron quedó en el misterio.

Sólo cuando llegó el Comandante, el Juez se encaró con él.

- ¿Ve Ud. - le dijo - lo que pasa por no atender a sus obligaciones? Yo le di permiso a mi mujer para ir a un baile y pedí a mi amigo Senén que la trajera..... sus imbéciles de subordinados, los han detenido.....

- Pero, señor Juez....

- No trate de excusarse.... Ha hecho una plancha.... y ¿entiende? Ud. es el más interesado en que esta plancha no se sepa....

El Comandante estaba anonadado.

- Se lo prometo señor Juez..... Nadie sabrá una palabra.

El Juez le volvió la espalda.

Los detenidos, su disfraz oculto bajo sendos capotes policiales - salieron en libertad.

XVIII

El diablo cumplió su promesa.

Al amanecer, un alarido horrible rompió el silencio en la casa del Cura.

Rosarito corrió a la pieza de su madre. La enferma se revolvió gimiendo entre las ropas en desórden. Se irguió en el lecho, con los ojos desorbitados y el cabello revuelto....

- Vete - le gritó - Vete.... No quiero verte. ¡No! ¡No quiero!

Y volvió a hundirse en las ropas cubriéndose la cara con la sábana.

Rosarito huyó despavorida.

Ni el Cura, ni el doctor Ibieta, llamado apresuradamente, lograron calmarla.

Seguía revolviéndose en el lecho y lanzando alaridos lastimeros.

- Es un histérico - dijo el médico - un histérico. Yo no se que diablo pasa en este pueblo.... todo el mundo enfermo.... La señora del Juez tuvo ayer otra pataleta parecida y el mismo magistrado, de cuyo tan tranquilo está con una neurastenia y un genio de los mil demonios.... Pero no se preocupe señor Cura.... esto es sólo un accidente, pasará....

Dejó algunas recetas.

Horas después la enferma parecía más tranquila.

Mas, cuando poco antes de la Misa de ocho, don Nicasio llegó, como de costumbre con sus flores y conversó con Rosarito y el Cura, la enferma, apenas cubierta con una bata de noche, hizo irrupción en la pieza.

- Nicasio ¡al fin has venido! - le gritó abriendo los brazos. El Cura quiso detenerla pero ella se desprendió con un violento esguerso.

- ¡Déjame, déjame!

Se echó al suelo y se abrazó a las rodillas del viejo.

- ¡Cálmese Dolores....! ¡Vuelva en sí, cálmese! - le decía éste espantado.

- No, no, déjame! he callado demasiado. ¡Te amo, te amo! ¡Hace veinte años que te adoro....y he sufrido tanto! Todos me engañaban, aquí, ante mis ojos.... Tú, tú.... y esa.....

- Mamacita ¡por piedad! - clamaba, entre sollozos, Rosarito.

- Si, si vete.....! Tú también lo mirabas! Teodio vete.

- Sal, Rosarito.....dijo el Cura.

La enferma se desplomó como sin vida.

En la antesala el Cura pidió a don Nicasio, que dejara de frecuentar la casa algunos días..... ¡Era más prudente; Por la salud de su hermana, por la niña misma.

Don Nicasio no tuvo fuerzas para replicar.

Quando llegó el médico, y el Cura le refirió lo sucedido, no manifestó extrañeza.

- ¡Me lo suponía; - dijo - Es un complejo.... Los primeros amores no se borran.... Permanecen larvados, pero al menor desorden nervioso, cobran vida..... De todos modos ha hecho Ud. muy bien en pedir a don Nicasio que se aleje.... Su presencia solala irrita.

- Es un conflicto; porque ha de saber Ud. Nicasio tenía aspiraciones.....

- ¡A Rosarito? Ni pensarlo. Para la señora sería la muerte...! Por lo demás, la crisis pasará.

- ¿Lo cree Ud. doctor?

El médico se irguió con una suficiencia que el Párroco no habría imaginado.

- Estoy seguro: Logré rejuvenecer a don Nicasio, que era un caso harto difícil, y ¡no voy a mejorar a la señora;

Sin embargo nada anunciaba en la histérica la tal mejoría. En la noche sufrió una nueva crisis. Se desgarró la ropa, botó el rosario, y el devocionario, y respió la imagen de la virgen de Lourdes que tenía a la cabecera del lecho.

---

XIX

Por aquellos días, un falsificador de monedas fué aprehendido en Santiago por la policía.

Al decir de los diarios era un temible delincuente que venía operando desde hacía cinco años y cuyos cómplices, un español y un calabrés, habían escapado a la Argentina; pero ¡cuánta diferencia entre lo visto y lo pintado!

Sin duda alguna, el pobre diablo había sido sometido a más de "un hábil interrogatorio"; pues confesó de plano su delito. Más aún, lejos de defenderse parecía empeñado en agravar su responsabilidad.

Llamado a declarar sobre los billetes dados por Dantón al Cura, los reconoció sin vacilar.

- ¡Tienen que ser de los mismos! - confesó - Eramos lo únicos que trabajábamos en esto.

« No contestes a ciegas - le observó el juez, con tono autoritario - examina la serie antes de declarar.

El individuo se alzó de hombros presa siempre de un profundo abatimiento.

→ ¿Pora qué? Los números no me dicen nada.... ¡Hemos hecho tantos! Además los otros niños, se llevaron los cuños....

Tanta docilidad extrañaba al juez, pero no tuvo más remedio que encargarlo reo.

El más contento con la resolución era, sin duda alguna, el Comandante.

Corrió a casa de Dantón y le abrazó con entusiasmo.

- ¡Albricias! Por puntos se ha escapado don Dantón.... La cosa estaba mala para Ud. Tantito que se demore este babieca y me lo encargan a Ud. reo.

Contra lo que speraba el Comandante, Dantón no correspondió a sus muestras de alborozo.

- ¿Eso ha declarado? No puede ser. No puede ser. ¡Ese hombre tiene que estar loco! - murmuraba.

El Comandante salió de sus casillas.

- ¡Canastos! El que está loco es Ud.... ¡Se cae de la horca y no se da por satisfecho!

En realidad, Dantón tenía un aire más angustiado y abatido que el propio delincuente.

---

Junto al río se reunieron esa tarde Dantón y don Nicasio. Desde que todos se reían de ellos y los miraban como locos,

se habían hecho amigos.

Su común derrota amorosa - Rosarito estaba ya comprometida con el médico - y su creencia en Lucifer los unía.

Hablaron largo.

El caso de conciencia agobiaba a Dantón: El juez había condenado a ese supuesto falsificador atribuyéndole un delito que en San José de las Pataguas, a lo menos, no había cometido.

- He hecho todo lo posible por salvarlo, me he puesto en ridículo, he sacrificado mi porvenir político declarando ante la justicia, en privado y en la prensa, que ese dinero me lo dió el Demonio. ¡Nada! La gente se ríe y el juez le condena.

Y mientras el pobre diablo va a la cárcel yo gozo en paz de mis tierras, compradas con billetes falsos y pagadas al precio de su libertad. Cuando pienso en eso me enfermo.

- Podría Ud. devolver esas tierras a sus dueños, -observó don Nicasio.

- ¡A buen tiempo! Cuando él pasó ya a otros los billetes y se compró otro predio en Magallanes. Soy un ladrón ¡eso! ¡un ladrón! Pero yo no he de quedarme con lo ajeno. ¡No ha de salirse el diablo con la suya!

- Y ¿qué piensa hacer?

- Vender la propiedad, devolverla a mis víctimas, a todos. ¡Entregar el dinero al Cura para que se funde un hospital, un asilo ¡cualquier cosa!

- ¡Al Cura!

- Al Cura para que rabie el Maldito.

- ¿Y Ud.?

Dantón se alzó de hombros.

- ¡Yo! No se que será de mí. Me ocuparé de lo que sea. De obrero, de buzo, de probador de paracaídas o de fraile.... si de fraile, ¡qué rabie el demonio!

- ¡Así paga el diablo a quien bien le sirve! - suspiró don Nicasio - No estoy yo mejor que Ud. Estoy más joven, joven por dentro, ¡claro está! Por fuera no podría transformarme so pena de que nadie me reconociera. Estoy más joven, ¿pero qué saco con mi juventud? Rosarito no me mira, y la otra su madre, mi primer amor, se ha vuelto histérica y me asedia a escenas. ¡Está loca! Ni siquiera puedo verla. El Cura mismo me ha pedido que no vaya a la casa.

- Pero siempre el ser joven.....

Si Si ¡muy bello! cuando se es en realidad, cuando la cabeza no reflexiona, cuando hay ilusiones; pero, así.... ¿Qué soy ahora? Un viejo verde..... Como soy rico, las mujeres me sonríen, ¡qué tristeza!

pero no a mi, no a mi sino a mi plata.... Mi cabeza está ya vieja y lo comprende. Y todos hombres y mujeres se confabulan para explotar al viejo sátiro. ¿Lo creerá Ud. ? Hasta la muchachita del servicio que despidió doña Milagros me ha venido con el cuento de un hijo.... ¡El gran chantaje! ¡Que no lo sepa el doctor, porque me cobra!

- Y ¿cómo va ese juicio?

- ¡Como ha de ir! De mal en peor. Ya ha conseguido medidas precautorias, retención de bienes ¡como si él tuviera parte en este crimen ~~xx xx~~ con que me está amargando la existencia! Si a lo menos ese idiota pudiera devolverme la vejez....

- ¡Don Nicasio!

- Si señor: la ancianidad tiene sus encantos ¡ah! si viera como es grato cuando se ha amado tanto a las mujeres, ¡vale decir sufrido tanto! verlas pasar sin comoverse.... se siente la alegría del gastrónomo dispéptico que frente a la vitrina del restaurant que le quitaba el sueño, se dice por fin: ¡A mi con becasinas! ¡A mi con langostas! ¡No me tientan! Esa paz, esa tranquilidad es la que el doctor se jacta injustamente de haberme quitado y... ¡me cobra por ello! Si él lo ha hecho ¡yo debiera cobrarle una indemnización!

Dantón se rascó la cabeza.

- ¡Sabe! ¡Cóbresela! Contraqueréllese ante la justicia. Demuestre que la supuesta juventud no ha hecho sino perjudicarlo. ¿El lo ha demandado? Bien: Cóbresle el doble de indemnización. No tiene mucho asidero legal; pero sus declaraciones pueden perjudicarlo ante los clientes. Hay a lo menos cien idiotas, perón don Nicasio, que están siguiendo el tratamiento; pero puede llegarse a una transacción.

---

Efectivamente, una tarde llegó Dantón a la Parroquia y le confió su propósito de dejar el mundo y entregar todos sus bienes para la fundación de un hospital.

- ¡Unos van otros vuelven! - consideraba el Cura - de qué caminos tan ~~zarpandax~~ insospechados se vale la divina providencia; Mientras Nicasio se aleja cada día más de la religión, éste vuelve. ¡Que cierto es aquello de que Dios, con letras torcidas hace reglones derechos!

Hablan de don Nicasio: el Cura suspiró

- ¡Pobrecito! Desde que ha dado en crearse jóven hace tantas lecuras.... ¡Cosas impropias de su edad! Está perturbado ¡ Dios se lo tendrá en cuenta! Ya lo sabe el escándalo que dió el otro día,

¡Con dos mujeres; ¡Con dos!

- Una ya no le hacía efecto - dijo Dantón. Tiene que doblar la dosis.

- ¡Pobrecito.; Yo no se lo que le pasa.

Dantón le explicó la desesperación de don Nicasio y el Cura se comprometió a arreglar la cuestión con el médico. ¡Qué falta podría hacerle ya ese honorario cuando tenía tantos clientes; Y que no tome más remedios por favor. Es eso lo que lo perturba.

---

xx

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

XI

La "conversión" de Dantón, sacó al diablo de quicio.

- Milagro de Fray Andresito, milagro patente - decía doña Milagros, mientras la hermana del Cura se retorció en un sillón ante los ojos espantados del Párroco e inquietos del Sector.

- ¡No! ¡No! - aullaba - ¡No es milagro! Lo he hecho yo.....

El Cura hizo funcionar la radio. Tal vez la música la calmaría. "El arpa de David serenava a Saul" ; pero ella seguía gritando con voz ronca que no parecía suya:

- ¡No! Yo soy el Diablo ¿entienden? Yo falsifiqué los billetes, yo rejuvenecí a don Nicasio..... ~~XXXXXXXXXXXX~~

- Si señora, si.... - le decía sonriente el doctor.

- ¡Yo soy el diablo!

El Cura se aproximó a ella solícito.

- ¡Cálmate, hermana!

- Yo no soy tu hermana..... yo soy Mefistófeles..... y tú eres un estúpido... como todos los hombres, ¡como todos! En este mundo no se puede vivir. No hay ideales, no hay ¡Nadie cree! Tú mismo eres un escéptico, un materialista imbécil.... ¡Qué te habría costado exorcisarte! ¡Pero no te darás el gusto! ¡No! No, me iré por mi propia voluntad, ¿entiendes? Me iré,....

Un relámpago iluminó la pieza y un silbido mefistofélico rasgó el aire.

9 ¡La radio! - dijo el doctor - y todos miraron hacia el aparato.

- ¿Se descompuso?

- Así parece.

Al volver la mirada hacia la enferma, su cara estaba serena y su cabeza reposaba en el sillón.

Doña Milagros corrió hacia ella.

- Fue como una pesadilla - dijo - Ahora estoy bien.

---

El diablo salió a la calle amilanado.

Nada había en él que recordara al orgulloso Mefistófeles de antaño.

Decrépito, curvadas las espaldas, con su implacable tocecilla, se deslizaba pegado a la pared como su propia sombra.

Al aproximarse a la esquina divisó al "Tonto Gil" - ¡Oh! ya ese idiota iba a férmerle un escándalo - y presa de vil temor retrocedió, para tomar otra calleja.

Avanzó algunos pasos con el corazón anhelante.

De un bar salieron dos hombre. Eran dos policías. Vió sus siluetas recortarse en el reguero de luz que dejó escapar la manpa-  
ra al abrirse.

Tambaleaban.

De pronto uno de llos extendió los brazos en actitud de ce-  
rrarle el camino.

- ¡Alto! ¿Otra vez con el disfras...? Dáte preso.

Eran los mismos policías que habían arrestado un mes atrás  
al Contratista.

El diablo se ~~irguizó~~ <sup>indignó</sup>. ¿Hasta cuando le vejaban? Todo el su or-  
gullo de demonio acudió en oleadas de fuego a sus mejillas mustias.  
Sus ojos resplandecieron y, abriendo la capa como dos inmensas alas  
de vampiro llamó todas las fuerzas infernales para anonadar en sa-  
tánica apoteosis de rayos y truenos a sus ofensores.

La calleja se iluminó por un instante al sulfuroso resplandor  
del cándenado y un terrífico concierto de silbidos estalló en la  
verdosa llamarada en tanto que su silueta gigantesca se esfumaba  
en la atmósfera.

Los guardias se frotaron los ojos, como para disipar una vi-  
sión.

- Lo viste tú también? - preguntó el cabo.

- Si... ¡patentito! ¡Como si hubiera sido cierto!

- ¡Qué borrachera nos hemos pegado!

Los dos policías, haciendo esos, cogidos del brazo para pres-  
tarse mutuo apoyo, se perdieron a lo lejos, canturreando una canción.

Y el diablo pasó por San José de las Pataguas, sin que se diera  
cuenta de su paso.

CELICH UC

Pontificia Universidad Católica de Chile

=====